

Aitor Ferrer



HURACÁN *Olivia*

HURACÁN *Olivia*

Aitor Ferrer

HURACÁN
Olivia

Aitor Ferrer

Primera edición.

Huracán Olivia

©Aitor Ferrer

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Huracán Olivia

©Aitor Ferrer

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



—Pero Julia, si a ti te da lo mismo preparar las oposiciones aquí que allí, cariño... Y para mí es una gran oportunidad. No se trata de ningún capricho.

—No me entiendes, no te pones en mis zapatos, Enzo. Yo necesito permanecer en casa de papi mientras estudio. No soy una máquina, no puedo hacerlo todo al mismo tiempo. Estás siendo muy injusto y me siento incomprendida. Así no funciona esto, menuda presión que me metes—se quejó.

—No opino igual, creo que deberías mirarlo desde otra perspectiva, con más amplitud de miras, mi amor.

—¿Ahora resulta que soy una estrecha de miras? Solo te falta que me tildes de estrecha también en la cama, de sosa, ¡o de niña de papá! —se ofendió y lo expresó de una manera muy airada. Nunca la había visto ponerse así.

—Yo no he dicho eso, estás poniendo palabras en mi boca que no pretendo pronunciar. Julia, es que me dejas más que sorprendido, nena. Creía que estabas deseando que ascendiese en el trabajo y ahora resulta que...

—Sí, que ascendieses, pero no que buscases otro que nos obligase a marcharnos de Madrid, ¿cuándo te he dicho yo que quisiera irme de aquí? ¿Y mis amigas? ¿Y mi papi? Yo vivo con él, ¿lo recuerdas?

—Sí, cielo, lo recuerdo, pero resulta que tienes ya 30 años, que las oposiciones no las apruebas ni por equivocación y que nuestra vida está un pelín estancada.

—¿Estás insinuando que no tengo ya una plaza por mi culpa, Enzo? ¿Es eso lo que estás insinuando? —me preguntó con tono lloroso.

—No me hagas una escenita, Julia, te lo pido por favor. Y menos hoy, que ya sabes que es un día muy importante para mí: he logrado mi sueño. Y Jaime también.

—Eso, por si fuera poco tenerme que trasladar a Marbella contigo, encima cargar también con Jaime.

—Lo dices como si tuviésemos que llevarlo en brazos, que mi amigo se vale muy bien solito.

—Se vale muy bien solito para meterse de cama en cama, que es un golfo. Luego ya veríamos para el resto. Seguro que le teníamos en casa la mitad de los días, porque ese no sabe hacerse ni un huevo frito.

—Pues como tú...

—Es que a mí no me hace falta porque tú sí que te defiendes muy bien en la cocina, que siempre te digo que me pone verte entre fogones.

—Te pone, entre otras cosas, porque así no das palo al agua, amor, que ya nos vamos conociendo.

—¿Y qué más te da? Si tienes que cocinar, igual lo haces para uno que para dos. Yo me siento muy mimada cuando paso los fines en tu casa, Enzo—me soltó en tono bobalicón.

—El problema, Julia, es que yo ya tengo 34 años y quiero más que una novia de fin de semana, ¿es mucho pedir?

—Es egoísmo puro y duro, porque te recuerdo que me dijiste que esperarías a que estuviese preparada. Y a mi papi también se lo dijiste.

—Julia, ¿tú te estás escuchando?

—Perfectamente, claro, ¿qué pasa? ¿Tú no me escuchas? Ese va a ser el problema, que has puesto el egoísmo en modo “on” y ya ni me oyes.

—¿De verdad, Julia? ¿El egoísta soy yo? Me he partido la cara por lograr un futuro mejor para ambos, ¿y así me lo pagas?

—Esto no se va a convertir en lo que te debo y en lo que me debes, ¿eh? Yo por ese aro no paso. Ya me dijo Paolo que terminarías poniéndome en una tesitura así.

—¿Tu amiga Paola la que aspira a vivir de su padrastro toda su vida? Normal, ella sí que tiene tiempo para pensar.

—¿Y qué si su madre se ha casado con un hombre rico que las quiere mantener a ambas? ¿Eso es un delito?

—No, el delito es que tenga que estar convencándote para que te vengas conmigo cuando se suponía que era nuestro sueño: vivir juntos por fin. Y más cuando no te atosigo y te doy la oportunidad de que sigas estudiando las oposiciones... a tu ritmo—pronuncié con retintín.

—Eso de “a tu ritmo” me lo vas a tener que explicar, Enzo...

—Julia, que llevas desde que terminaste la carrera dándole vueltas a un temario de 28 temas y no hay forma. Que la gente que se las comenzó a preparar contigo entró en los primeros años y ya han promocionado, ¿qué me estás contando?

—¿Me estás llamando torpe?

—Dios me libre... Tú eres más lista que todos nosotros juntos. Lo siento mucho si te ofende, pero la realidad es que estás viviendo a la sopa boba.

—Estoy a un tris de mandarte a la mierda, Enzo.

—Y yo a otro de dejar que lo hagas...

Nunca me habría imaginado que le hablaría así. Nunca, porque yo la quería con locura. Sin embargo, mi paciencia también tenía un límite que ella estaba colmando.

Julia se había quedado a vivir con su padre después de que su madre y él se divorciasen. Era hija única y su padre se dedicó a consentirla tanto, que se había acomodado hasta el punto de hacer del de opositora un trabajo que parecía reportarle innumerables beneficios, puesto que no ponía el menor interés en aprobar.

La gota que colmó el vaso fue que no quisiera salir de Madrid, que no hiciera ni ese esfuerzo por la pareja, cuando yo me devanaba los sesos por ofrecerle una vida mejor.

Como era previsible, salí de su casa sin novia, porque los reproches fueron a más y ella me terminó enviando a paseo.

a

El nuevo puesto me supo agri dulce por ese motivo, ya que mi mayor deseo era el de establecerme con Julia y formar con ella una familia. Según me llegó a decir, ella ya la tenía... Su padre era su familia y a mí... A mí me encontró en la calle.

—Eso de “a tu ritmo” me lo vas a tener que explicar, Enzo...

—Julia, que llevas desde que terminaste la carrera dándole vueltas a un temario de 28 temas y no hay forma. Que la gente que se las comenzó a preparar contigo entró en los primeros años y ya han promocionado, ¿qué me estás contando?

—¿Me estás llamando torpe?

—Dios me libre... Tú eres más lista que todos nosotros juntos. Lo siento mucho si te ofende, pero la realidad es que estás viviendo a la sopa boba.

—Estoy a un tris de mandarte a la mierda, Enzo.

—Y yo a otro de dejar que lo hagas...

Nunca me habría imaginado que le hablaría así. Nunca, porque yo la quería con locura. Sin embargo, mi paciencia también tenía un límite que ella estaba colmando.

Julia se había quedado a vivir con su padre después de que su madre y él se divorciasen. Era hija única y su padre se dedicó a consentirla tanto, que se había acomodado hasta el punto de hacer del de opositora un trabajo que parecía reportarle innumerables beneficios, puesto que no ponía el menor interés en aprobar.

La gota que colmó el vaso fue que no quisiera salir de Madrid, que no hiciera ni ese esfuerzo por la pareja, cuando yo me devanaba los sesos por ofrecerle una vida mejor.

Como era previsible, salí de su casa sin novia, porque los reproches fueron a más y ella me terminó enviando a paseo.

El nuevo puesto me supo agri dulce por ese motivo, ya que mi mayor deseo era el de establecerme con Julia y formar con ella una familia. Según me llegó a decir, ella ya la tenía... Su padre era su familia y a mí... A mí me encontró en la calle.

Capítulo 2



—Cambio de chip por completo—me comentaba Jaime unas semanas después, cuando íbamos en su coche camino de Marbella, la ciudad en la que se nos había presentado una oportunidad laboral única, una que no hubiésemos rechazado por nada en el mundo.

Los dos éramos especialistas en ciberseguridad y en aquella empresa de nueva creación, destinada a asegurar los negocios de muchas otras ante posibles ciberdelincuentes, buscaban un par de jefes de equipo con experiencia en el sector.

La empresa en cuestión era el último proyecto, la niña bonita de un importante ejecutivo que llevaba toda la vida triunfando en diversos sectores. Pablo Rivas tenía muy buen olfato para los negocios y no se equivocaba con nosotros, pues tanto Jaime como yo habíamos recibido la mejor formación y estábamos sobradamente cualificado para el puesto.

En cuanto a sueldo, en la práctica triplicaba el que percibíamos en Madrid, y por si eso fuera poco, la empresa ponía a nuestra disposición una preciosa vivienda con jardín y piscina en una de las urbanizaciones más chic de la ciudad.

Pablo Rivas tenía fama de cuidar bien de su gente siempre que le mostraran lealtad. A la vista estaba. A priori, todo eran ventajas a la hora de entrar a trabajar con un hombre de negocios que tenía asegurada la prosperidad en todos sus proyectos, puesto que nunca le falló ninguno.

Si quería centrarme en mi trabajo, si de veras aspiraba a triunfar al lado de Pablo, debía dejar de pensar en lo que quedó en el camino. Julia no me había vuelto a llamar en aquellas semanas y nuestra relación, oficialmente, terminó.

Habían sido varios años a su lado. No puedo culpar solo a su padre, ya que yo también la mimé de más hasta hacer de ella un ser insulso y egoísta que había hecho de mirar exclusivamente a su ombligo una filosofía de vida.

Era hora de mirar hacia delante y dejar el pasado atrás. La única verdad que dijo mi exnovia en esa última y amarga conversación que mantuvimos y que nos llevó a romper fue que Jaime era un golfo, circunstancia que me

venía de perlas en ese momento debido a que yo necesitaba olvidarme de ella y de todo lo que vivimos.

La vida de soltero tendría sus ventajas y él así me lo hizo ver desde el segundo cero.

— ¡¡Guau!! —pronunció cuando estuvimos delante de aquella maravillosa vivienda con todo lujo de detalles que Pablo puso a nuestra disposición—. Todavía no conozco a ese tío y ya le adoro.

—Jaime, en ningún sitio amarran los perros con longaniza, todo esto nos lo vamos a tener que ganar—le recordé.

—Es que, si encima de todo nos lo regalase, ya me plantearía casarme con él.

—No te creo, te gusta demasiado una mujer.

— ¿Una? Dirás que me gustan todas...

—Sí, sí, se me había olvidado matizarlo.

—Qué pasada, ¿has visto la piscina? Y justo aterrizamos aquí en pleno mes de mayo, que pronto se podrá freír un huevo en su borde, ¿sabes lo que eso significa?

s

— ¿Que vas a aprender a hacerlo? —le pregunté arqueando una ceja.

—No me jodas, Enzo, ¿de verdad crees que he venido hasta Marbella para aprender a cocinar?

—Pues no te vendría mal...

—Además, si a ti se te da de maravilla... Tú encárgate de eso, que yo me encargo de organizar las fiestas y de convertir este jardín en el del mismísimo Edén. No habrás follado más en toda tu vida, ¡prepárate!

Me eché a reír porque le conocía muy bien y no se estaba tirando el moco. Jaime era especialista en rodearse de las chicas más guapas, ya que no solo tenía planta, sino también carisma. Por suerte, la planta tampoco me faltaba y, aunque llevaba un tiempo fuera del mercado, ya me veía entrando en él y como los toreros: por la puerta grande.

r

Por el momento, donde entramos fue en la casa y, para nuestra sorpresa, Pablo nos hizo una videollamada.

— ¿Está todo a vuestro gusto? Cualquier cosa que queráis cambiar, vía libre, estáis en vuestra casa y nunca mejor dicho.

—Todo está de lujo, Pablo, muchas gracias—le comentamos.

—En la cocina encontraréis una cubitera con champán y un pequeño ágape de bienvenida, espero que lo disfrutéis y carguéis pilas porque empezáis el lunes y para entonces os quiero con ellas cargadas a tope.

— ¡¡Así será!!

Esa era otra, que habíamos llegado el jueves al mediodía y no debíamos entrar a trabajar hasta el lunes, de manera que teníamos tres días por delante en Marbella sin casi nada que hacer y con una temperatura que respondía a una ola de calor que nos situaba dentro de la piscina de inmediato.

Ya en la cocina, comprobamos que “el pequeño ágape” al que hizo referencia Pablo se trataba en realidad de una mariscada que no se la saltaba un galgo.

— ¡Esto es vida! Te lo digo de verdad: hemos triunfado—me abrazó Jaime, quien no podía estar más emocionado

Para él todo era perfecto, pues estar los dos solos allí le venía genial, y para mí... Para mí también porque deseaba mirar al futuro y pensar que todo iría sobre ruedas en ese trabajo que nos abría las puertas de una nueva y lujosa vida, que debíamos apreciar sí o sí.

Con la que estaba cayendo, Jaime y yo éramos dos verdaderos privilegiados y me sentía en la obligación de valorar la oportunidad que teníamos por delante.

Descorchamos el champán, degustamos el marisco y luego nos llevamos una copa a la piscina.

—Somos los putos amos, Enzo, los putos amos...

— ¡Por nosotros! —exclamé mientras chocaba mi copa con la suya.

— ¡Por nosotros! ¡Que nada ni nadie nos amargue nuestra estancia aquí! Marbella, prepárate, que mi amigo y yo estamos cargando motores...

Todo pintaba mejor aún de lo que nos habíamos imaginado. Curramos duro hasta llegar hasta allí, si bien nuestros esfuerzos habían dado su fruto. Nunca imaginé conseguir tanto tan pronto y menos aún vivirlo con un estatus de soltero que, bien mirado, tendría sus muchas ventajas. Y yo pensaba aprovechar todas y cada una de ellas. No había otra.

3

4

5

6

7

Capítulo 3



—Pues yo he dormido de impresión en mi nueva cama. Joder con Pablo, todo con primeras calidades, menudo colchón... Ya estoy deseando estrenarlo acompañado—me decía Jaime mientras desayunábamos.

La idea era dar el pistoletazo de salida a nuestra vida allí. Las perspectivas no podían ser más halagüeñas y yo tenía una cita pendiente esa mañana.

—Pues sí, pero espero que no sea ahora mismo porque tenemos que ir a mirar lo de mi coche.

—Querrás decir a comprar tu coche. Ya era hora de que te deshicieras de ese familiar que te compraste y que no te pegaba ni con cola.

—Ya sabes con qué miras me lo compré. Necesitaba un coche y...

—Y como pensaste que pronto lo llenarías de niños... Menos mal que estás espabilando, tío. Vida solo hay una y no puedes desaprovecharla cambiando pañales porque además te voy a decir una cosa, con Julia poco podrías contar para eso. Como mucho, para echarlos al mundo, y porque no podía endosártelo a ti porque, si no, ya te veía chillando en el potro de tortura.

—No seas gañán.

—¿He dicho alguna mentira? Julia hacía contigo lo que le daba la gana, tío. No puedes permitir que eso te vuelva a ocurrir, ¿me oyes? Nunca, eso no puede volverte a ocurrir nunca.

—Venga, terminate el café que nos vamos. Hace un día impresionante y deberíamos aprovecharlo.

—Cierto, compramos el coche y nos vamos a la playa a ver cuerpazos con curvas de vértigo, que tenemos que dejar la mente en blanco antes de comenzar con el suplicio del lunes.

—¿Suplicio? Ese trabajo es la bomba...

—Y no lo niego, pero no deja de ser trabajo. Ya sabes que, por mí, no daría palo al agua, como una que yo me sé.

—Deja ya de aludir a Julia... Estoy practicando el contacto cero y eso es lo mejor para olvidarla.

—Sí, pero con pinceladas, que te viene fenomenal que te recuerde de vez en cuando que, a su lado, te esperaba una vida de esclavo.

—Sí, ahora a quien tengo al lado es a ti, espero que no me tenga que arrepentir.

—¿Arrepentirte de que te abra los ojos a una nueva y lujuriosa existencia? Di que no tendrás vida para agradecermelo, chaval.

Nos marchamos al concesionario. Había decidido darme el gusto de comprarme un coche que me llenase. Entre lo que pillé por la venta del monovolumen, que estaba nuevo, y lo que tenía ahorrado para comenzar una vida con Julia, eché cuentas y era el momento. Además, que necesitaba ilusiones nuevas en mi vida y un coche lo sería, aparte de que precisaba uno acorde con mi nuevo cargo.

—Sí, sí, ese modelo pero en descapotable—me aconsejó Jaime en cuanto me vio subido en él.

—El descapotable es que se me va un pelín de las manos, tío, ¿tú crees que es necesario?

—No, es vital... Tienes que hacerte con él a toda costa. Ha llegado la hora de vivir, de fardar, de disfrutar... ¿Te vale en ese color o quieres que te encarguen otro? —me preguntó señalando a uno negro que había allí, muy elegante.

—El negro me parece sensacional...

—Pues a mí más, porque entonces lo tendremos para el fin de semana.

—Hay ganitas de fiesta, ¿eh?

—No lo sabes tú bien...

Era viernes y saldríamos de marcha la noche siguiente, ya que esa habíamos quedado con Pablo para cenar. Por lo visto, era otra de sus costumbres: la de invitar a su gente antes de entrar a trabajar para una primera toma de contacto.

El resto del día, hasta media tarde, lo pasamos en la playa, de chiringuito en chiringuito, entremezclados con ratos

en los que aprovechábamos que aún no era temporada alta y no se encontraban masificadas, y disfrutábamos a tope del sol.

A media tarde volvimos a casa y nos vestimos con nuestras mejores galas, cada uno con un traje comprado para la ocasión.

Pablo Rivas nos citó en el mejor restaurante de la ciudad.

—Se supone que la cuenta la paga él, ¿no, colega? —me preguntó Jaime al entrar.

—Eso o ya me puedo ir olvidando de recoger mañana el coche.

—De eso nada, así tengamos que quedarnos fregando platos tres años...

—Pues menudo negocio que harían contigo, si tú friegas uno y partes dos...

—Será al revés, ¿no, tío?

—No, será así, que sé muy bien lo que me digo.

Pablo Rivas imponía, era el éxito personificado. Se trataba de un hombre hecho a sí mismo con una marcada personalidad y un alto nivel de exigencia.

Suerte que fuimos como dos pinceles porque su traje debía valer la mitad de lo que había costado mi coche. Y su reloj, diez veces más.

Jaime era muy amante de los relojes e hizo que me fijara en el suyo con un gesto, que no pasó desapercibido para el otro.

—Es un regalo que me hice por mis 30 años al frente del negocio—nos indicó—. Una edición especial...

—¿Una edición especial? Guau—se le escapó un silbido a mi amigo.

—Un pequeño premio por una vida de éxitos en la que no hay ningún secreto: trabajo duro. Eso es lo único que exijo a mis empleados. Eso y lealtad...

—Se da por sentada, Don Pablo—le comentamos al unísono.

—Ah, y también una cosita más. Veréis, me gusta que exista buena onda entre mis empleados, pero sin llegar a profundizar demasiado, siempre que sea posible, ¿me explico?

—Sí, que no le gustan los líos de oficina—le comentamos.

—Exacto, porque para uno que pueda fructificar, los demás terminan generando malos rollos y eso intoxica el ambiente. Es una exigencia que tengo y que me gusta que se cumpla a rajatabla.

Le dimos la razón en eso y en todo lo demás que nos comentó, pues estaba claro que él ponía las normas. Aparte, yo tampoco vi nunca buena idea mezclar trabajo y relaciones, con lo cual a mí plin.

En cuanto a Jaime, él sí que rajó un poco al respecto de vuelta a casa.

—Un tanto entrometido sí que es el tío, la verdad...

—Es el jefe y pone las normas, tiene derecho a hacerlo. No comiences a cuestionarlo todo, ¿habrá sitios donde ligar?

—Pues sí, lo único que sucede es que, cuantos más, mejor.

—Ah, y también una cosita más. Veréis, me gusta que exista buena onda entre mis empleados, pero sin llegar a profundizar demasiado, siempre que sea posible, ¿me explico?

—Sí, que no le gustan los líos de oficina—le comentamos.

—Exacto, porque para uno que pueda fructificar, los demás terminan generando malos rollos y eso intoxica el ambiente. Es una exigencia que tengo y que me gusta que se cumpla a rajatabla.

Le dimos la razón en eso y en todo lo demás que nos comentó, pues estaba claro que él ponía las normas. Aparte, yo tampoco vi nunca buena idea mezclar trabajo y relaciones, con lo cual a mí plin.

En cuanto a Jaime, él sí que rajó un poco al respecto de vuelta a casa.

—Un tanto entrometido sí que es el tío, la verdad...

—Es el jefe y pone las normas, tiene derecho a hacerlo. No comiences a cuestionarlo todo, ¿habrá sitios donde ligar?

—Pues sí, lo único que sucede es que, cuantos más, mejor.

Capítulo 4



Ya estábamos en el concesionario para recoger mi coche. Nos lo podíamos llevar puesto esa misma mañana, como se suele decir, así que nos montamos y pusimos rumbo a la playa.

— ¡Pedazo de coche, tío! ¡Ya era hora de que te vieras con uno así! —exclamó Jaime mientras yo ponía a prueba su aceleración.

—Sí que es verdad, ¡qué locura! ¡Cómo sube de revoluciones!

—Pues como el dueño: ya tenemos casa y coche, ¡solo nos faltan las mujeres! Pero fíjate en lo que me ha llegado...

— ¿Qué es eso?

— Son un par de invitaciones para pasar el día en uno de los clubs más exclusivos de la ciudad, te voy guiando... Es uno que está en la playa esa a la que acuden todas las *celebrities*... Todavía nos ligamos a una actriz o a una *influencer*, ya lo verás.

—O a una chica normal, que también vale, ¿no?

—Querrás decir a una que no se dedique a nada de eso, ¿no? Porque en lo tocante a lo demás, yo no voy con mujeres normales.

—No te lo tendré en cuenta porque el anormal eres tú.

—Di lo que te dé la gana, pero hay que picar algo. No te conformes con menos pudiendo tener más... Ligaremos con un par de diosas, eso será lo que haremos.

—Lo que tú digas.

Llegamos al club y lo cierto es que allí el lujo se notaba hasta en el más mínimo detalle.

—Cómo viven los ricos, ¿te has fijado en los relojes que llevan todos?

—Jaime, tío, parece obsesionado con los relojes...

—Es que un reloj te dice mucho de quien lo lleva puesto.

—Pues entonces, ¿qué dirías de mí? Si la mayoría de las veces ni llevo.

o

—Que eso debe cambiar. Lo siguiente será que te compres un buen peluco. Mira el mío, llevo tres años pagándolo a plazos, es mi posesión más preciada.

—Yo no pienso pagar un reloj durante años, eso no me entra en la cabeza.

—Mientras que te entre en la muñeca... Si queremos formar parte de este selecto grupo de gente, hay que apoquinar.

—Tío, no me taladres. Hemos logrado un buen curro, sí, pero si estamos aquí es por invitación de Pablo Rivas. La inscripción a este club cuesta más que una hipoteca.

—Déjate de pensar en hipotecas ¡y mira a tu alrededor! ¡Es el puto paraíso! —opinó cuando salimos a la zona de la piscina y vimos a mogollón de chicas en traje de baño.

—Están cañón, qué locura, ¿de pronto han subido las temperaturas?

—De pronto nos hemos puesto que ni los picaportes del infierno. Mira a aquellas dos diosas.

—¿La morena y la pelirroja? Joder...

—Sí, por ahí van los tiros. Yo con la pelirroja, por favor, sabes que siento debilidad por ellas y no abundan.

—Tranquilito, ¿dónde vas?

—Pues adónde voy a ir, a meterles cuello...

Le seguí, qué iba a hacer. Y allá que se acercó en el momento en el que ellas estaban pidiendo.

—¿Os podemos invitar? —les preguntó.

—Mirad si podéis—respondió la morena, dueña de unos ojos azul cielo que me hipnotizaron.

—¿Qué bebéis?

—Un par de cócteles—le contestó la pelirroja, cuyos ojos verdes también eran de impresión.

Se trataba de un par de muñecas en traje de baño, dejando al aire sus esculturales cuerpos. Todo en ellas indicaba lujo y glamur.

—Que sean cuatro... De los que vosotras queráis.

La variedad era asombrosa y el coctelero un verdadero artista. Ellas les dieron algunas instrucciones sobre lo que deseaban y él se quedó con el cante.

—Me vais a permitir que innove para vosotras—les dijo como quien está haciendo magia.

En cierto modo la hizo, porque el precio astronómico de los cuatro cócteles a mí me dejó hipnotizado.

—Enzo, paga tú, que me he dejado la cartera en la taquilla—me apremió para que sacara la tarjeta mi amigo.

Le hubiese preguntado si no podía pagar con el móvil, pero obvio que solo pretendía escaquearse y hubiésemos quedado fatal, razón por la cual no tuve más remedio que apoquinar mientras él seguía sonriéndoles como si nada.

A mí me hizo menos gracia, sobre todo al ver cómo se escabullían en cuanto cogieron las copas.

—Chicas, ¿adónde vais? ¿Os acompañamos? —les preguntó Jaime.

—Es que nos esperan nuestros amigos, en otra ocasión—nos dieron largas levantando sus brazos y negando con el dedo.

Jaime me miró y yo también habría negado, habría negado conocerle si no fuese porque daba igual. El sablazo ya me lo habían dado.

—No siempre es a la primera. A veces se liga más por persistente que por guapo, ¿qué te crees? —se defendió.

—Que me debes la mitad de este robo sin pistola al que nos acaban de someter, ¿me oyes?

—Alto y claro... Vaya tela, se están haciendo las interesantes, pero te digo yo que les hemos gustado, ¿eh?

Un rato después, mi amigo seguía con la misma cantinela y a mí no me quedaba nada clara.

—Pues para haberles gustado han pasado de nosotros como de la mierda, tío...

—Tiempo al tiempo, te aseguro yo que esas caen, ¿no viste su forma de mirarnos?

—Más bien estaba calculando lo que nos iba a costar la jugada. Y por mucho que calculé me quedé bien corto.

—Esa no es la actitud, colega. Esto es Marbella y aquí hay que rascarse el bolsillo. Nadie dijo que fuese fácil ni tampoco barato. Aquí todo cuesta un huevo de pato, pero somos los putos amos y no habrá diosa que se nos resista.

—Muy convencido te veo, te recuerdo que aquí hay mucha gente guapa y con los bolsillos a reventar.

—A mí no me harás coger complejo de pringado. Mira esas otras dos... Vamos a por ellas, también están genial. Y si no hay suerte, ya tengo fichadas otras que...

—Alto y claro... Vaya tela, se están haciendo las interesantes, pero te digo yo que les hemos gustado, ¿eh?

Un rato después, mi amigo seguía con la misma cantinela y a mí no me quedaba nada clara.

—Pues para haberles gustado han pasado de nosotros como de la mierda, tío...

—Tiempo al tiempo, te aseguro yo que esas caen, ¿no viste su forma de mirarnos?

—Más bien estaba calculando lo que nos iba a costar la jugada. Y por mucho que calculé me quedé bien corto.

—Esa no es la actitud, colega. Esto es Marbella y aquí hay que rascarse el bolsillo. Nadie dijo que fuese fácil ni tampoco barato. Aquí todo cuesta un huevo de pato, pero somos los putos amos y no habrá diosa que se nos resista.

—Muy convencido te veo, te recuerdo que aquí hay mucha gente guapa y con los bolsillos a reventar.

—A mí no me harás coger complejo de pringado. Mira esas otras dos... Vamos a por ellas, también están genial. Y si no hay suerte, ya tengo fichadas otras que...

Capítulo 5



Durante el día no nos comimos nada, todo hay que decirlo. Ciertas chicas nos dieron carrete, pero poco más. Algún intercambio de teléfono, alguno de Insta, pero sin pasar a mayores...

Por la noche, el ego de mi amigo volaba alto...

—Eso ha sido un calentamiento, pero el partido se juega a partir de esta hora... Y pienso meter más de un gol en la portería.

—Tampoco es necesario obsesionarse, vamos a salir a pasarlo bien, ya está. Con eso es suficiente.

—No me seas derrotista, ¿acaso estás pensando en Julia?

—Que no, pesado, que tengo las cosas claras.

—Ah, vale, porque no merece la pena, ¿me oyes? Julia forma parte de tu otra vida, de tu vida de perdedor. Ahora te has convertido en un ganador y todo lo que te vendrá será mejor que bueno.

Salimos muy animados, esa es la realidad. Pese a comportarse como un insensible en muchas ocasiones, mi amigo era el mejor compañero de juergas que se pudiese tener.

Llegamos a un local que era una verdadera virguería, con vistas panorámicas al puerto desde su terraza y gente guapa por doquier.

—¿A esto también nos ha invitado Pablo Rivas? Porque mira que dudo que nos vaya a sufragar todas las salidas.

—Este sitio lo tenía fichado yo desde antes de salir. Cuesta una pasta, pero merece la pena. Vamos a medias...

—Ya, pero los cócteles de esta mañana, esos los pago yo...

—Sí, sí, ¿quién se acuerda ya de eso?

No es que yo sea un tío agarrado, que conste que no. Más bien es que con Jaime debía tener cuidado o me dejaba sin blanca en dos días.

El ambiente era realmente chic. Nos acercamos a pedir un par de copas a la barra y, como si tuviese un radar, él las indicó.

—No te lo vas a creer: la morena y la pelirroja de esta mañana.

—No jodas...

—Dame un poco más de tiempo, tío, no seas agonía...

a —Que te den, Jaime, ¿son ellas de verdad?

—Tú me dirás, esos dos culazos pertenecen a esas diosas. No subestimes mi poder de reconocer culos de macizas

—No, no, ya veo que se te da genial.

Las chicas se volvieron y les sonreíamos. Había *feeling*, era evidente porque no tenían pinta, ni mucho menos, de necesitar que nadie las invitase.

Por supuesto que no menearon ni uno solo de sus taconazos, de manera que los únicos culos que se movieron para hablar con ellas fueron los nuestros.

, —Qué casualidad, aunque dos bellezas como vosotras no podían estar más que en un sitio tan guapo como este. Por cierto, esta mañana no nos presentamos, yo soy Jaime y mi amigo es Enzo.

— ¿Eres italiano? —me preguntó la morena—. Es que me molan mucho...

—No, cosas de mi madre, ya sabes...

—Pero que lo chapurrea, ¿eh? Los dos estuvimos de Erasmus en Roma—le indicó mi amigo.

Ambas se echaron a reír.

—Hombre lo mismo, lo mismo, no es... Por mucho que lo chapurree, será como un sucedáneo de italiano.

— ¿Mi amigo un sucedáneo? Le estás subestimando y eso no es muy bonito... No lo has probado como para decir eso.

— ¿Y tú qué dices? —me preguntó a mí.

—Pues que no me veo muy sucedáneo tampoco—me aclaré la voz.

— ¿Tú cómo los ves, Martina? —le preguntó a la pelirroja.

—Pues que igual el sucedáneo y el amigo del sucedáneo, estarían bien para una copa, Olivia.

Ya sabíamos el nombre de ambas y tenían ganas de beber con nosotros, lo que no era mala señal. Además, no hubo pega porque Olivia comenzó a darme charla mientras que Jaime parecía muy a gusto con Martina... Y ella con él.

Comenzamos a hablar de cosas banales, lo típico, aunque más que charlar de nada profundo, ellas se reían con nuestras bromas y hacían como que se dejaban llevar, aunque en realidad tenían la última palabra.

A mí, los ojos azules de Olivia me flipaban porque al contraste con su larga melena negra resultaban aún más espectaculares. Además, sus curvas eran de vértigo y lo mejor fue cuando comenzó a bailar, tirando de mi mano para que la acompañase a la pista.

Julia siempre fue de bailar más bien a su aire, como si se creyese la reina del mambo, no involucrándome demasiado... Lo de Olivia estaba a otro nivel... A mí se me secaba la boca al contemplar el bamboleo de sus amplias caderas, esas que movía como si la música la hubiesen creado para ella.

— ¿Estás bien? —me preguntó con su boca más cerca de la mía en un momento determinado en el que me quedé como “pillado” con ella, inmerso en el pensamiento de que me atraía muchísimo.

—Sí, sí, estoy genial... Es más, no creí que estaría tan bien.

—Pues me alegro—me dijo con aquel gesto sugerente que le llevó a darme un beso en los labios.

Me cogió desprevenido, no pensé que me besaría o al menos no tan pronto, pero respondí con otro beso y pronto bailamos sobre el escenario una especie de danza sensual en la que ella se me escurría entre los dedos, como la criatura tremendamente sexy que era.

Acercándose y apartándose, sus duros y voluptuosos senos chocaban contra mi torso y era evidente que la

temperatura estaba subiendo entre ambos lo suficiente como para que sintiese que mi garganta se secaba sin remedio.

Iba a por copas y, mientras, no podía dejar de mirar cómo se movía. Yo no era el único, muchos la miraban, y ella se sentía observada, sugerente...

Jaime me levantaba el pulgar mientras él también se besaba con Martina, en cuyo trasero descansaba su mano.

La noche prometía. Les habíamos gustado y las dos parecían proclives a seguir con nosotros hasta que las luces se apagarán... Y con suerte, también después.

Cerramos el local besándonos con ellas y así salimos.

— ¿Os venís a casa, preciosas? —les preguntó él.

—No vamos a casas de desconocidos, pero os invitamos a venir a las nuestras...

temperatura estaba subiendo entre ambos lo suficiente como para que sintiese que mi garganta se secaba sin remedio.

Iba a por copas y, mientras, no podía dejar de mirar cómo se movía. Yo no era el único, muchos la miraban, y ella se sentía observada, sugerente...

Jaime me levantaba el pulgar mientras él también se besaba con Martina, en cuyo trasero descansaba su mano.

La noche prometía. Les habíamos gustado y las dos parecían proclives a seguir con nosotros hasta que las luces se apagarán... Y con suerte, también después.

Cerramos el local besándonos con ellas y así salimos.

—¿Os venís a casa, preciosas? —les preguntó él.

—No vamos a casas de desconocidos, pero os invitamos a venir a las nuestras...

Capítulo 6



Nos despedimos de Jaime y de Martina y nos marchamos a la de Olivia.

Me llamó poderosamente la atención que, pese a que debía rondar los 30, contaba con una casa digna de película.

Como es lógico, no hice ningún comentario al respecto, pues no era eso precisamente lo que me importaba.

Aún no habíamos cerrado el portón cuando ella me arrancaba la camisa y yo le decía “adiós” a su vestido y “hola” a su vertiginoso escote, el cual quedó ante mí solo con el sujetador.

Su ropa interior negra era bestialmente sexy, lo mismo que ella. Su minúsculo tanga enmarcaba unas kilométricas piernas que remataba con alto tacón de aguja.

Si yo hubiera tenido que bailar con eso toda la noche, habría pedido que me cortasen los pies, pero ella no parecía notarlos, por suerte. De hecho, ni siguiera a la hora del sexo se los quiso quitar, quizás porque sabía muy bien que su imagen totalmente al desnudo con esos elegantes y sensuales zapatos era verdaderamente imborrable.

Me llevó de la mano a su dormitorio. Yo estaba en bóxer y ella ya con su desnudez por bandera.

Mi virilidad creció y creció mientras llegábamos a su cama, pues contemplar de nuevo su contoneo de caderas ya sin ropa fue el más tentador de los privilegios.

Olivia era, sin lugar a ninguna duda, la chica más sexy que hubiese conocido, y la idea de hacerla mía me endureció de una forma estremecedora.

Vaya por delante que hacía mucho que no me metía en la cama con alguien que no fuese Julia quien, dicho sea de paso, no es que mostrase demasiada pasión en ella.

En la otra cara de la moneda estaba Olivia, que derrochaba sensualidad por cada poro de su piel y entre cuyos senos me hundí. Me hubiese quedado en ellos sin fecha de salida, lamiéndolos, degustándolos, de no ser porque me llamó la lubricación que desprendía la parte sur de su monumental cuerpo.

A Olivia no le sobraba ni un gramo, pero era una mujer con unas impresionantes curvas que sabía muy bien cómo sacarles partido.

Podría haberme mareado entre aquellas curvas, pero no fue así. Bajé a su excitado sexo y sumergí mi lengua en él tras lo cual, después de probar a qué sabía Olivia, me dediqué a jugar con ese botón del placer que es el clítoris y que ella parecía tener muy bien entrenado.

Sus gemidos se metían en mí y me provocaban una brutal excitación. Me hubiera desquitado en ese mismo instante, entrando en ella, pero quería llevarla antes a un placer desbordante, a uno que hiciera que se derritiera entre mis brazos y con mi boca.

La fui recorriendo con lentitud, palmo a palmo, mientras con el movimiento de mis manos, sus curvas parecían ir grabándose en mi retina. Y luego estaba lo de sus sugerentes jadeos... Esos que me llevaban al límite y que me provocaban taquicardia, pues mi corazón latía sin control.

’ Esperé a que se corriera para entrar en ella. Lo hice tras escuchar cómo gritaba para mí, cómo parecía deshacerse en mis manos... Y entonces avancé entre sus labios vaginales y la penetré.

—Así, así—murmuraba mientras se iba abriendo a mi paso, provocando que mi miembro se acoplara en su chorreante vagina, en la cual resbaló hasta el fondo de ella mientras que yo no podía dejar de besarla.

Todo era de locura, mi nivel de excitación resultaba máximo y más cuando comencé a moverme y entonces ella se estrechó, para hacer todavía más excitante mi entrada y salida por su canal, para aprisionarme en esos movimientos que me afanaba en hacer para ella.

Me podía, me podía la forma en la que sus grandes y azules ojos parecían suplicarme que le diese más, que llegara al fondo, que la hiciera más mía conforme los minutos avanzaban.

Parecía que llevásemos toda la vida haciendo aquello, pues los deseos del uno eran anticipados por el otro, como si nos conociéramos de siempre, como si hubiésemos entrenado a tope para darnos el máximo de los placeres, ese que estábamos descubriendo en la intimidad de su lujoso dormitorio.

Las sábanas de satén estuvieron a punto de ser rasgadas por sus uñas. También mi piel corrió la misma suerte. Nada podía escocerme ni dolerme, no cuando estaba así de entregado a esa diosa del sexo que me pondría al límite de mis fuerzas, puesto que no me encontraba capacitado para parar de hacerle el amor.

Le gustaba jugar, experimentar... Se notaba que le apasionaba el sexo y sus estallidos, orgasmo a orgasmo, me llevaban al abismo de la locura mientras que sus caderas, imparables, no dejaban de menearse para mí.

Fueron muchas las posturas en las que lo hicimos y no sabría decir cuál de ellas me puso más. Cada uno de sus movimientos era más sensual que el otro, haciéndome desearla hasta que mi garganta no podía repetir más su nombre.

“Olivia” se me estaba grabando a fuego en una larga e intensa noche de pasión que no acabó hasta que llegó la mañana. Fueron varias horas de entrega de la que aún me llegaban flases, unos detrás de otro, cuando ella se metió en la ducha.

Después me invitó a ducharme y me hice el remolón... No tenía demasiada experiencia en cuestión de ligues y me costó un poco pillar el hecho de que me estuviese invitando a marcharme ya.

—Es que espero una visita esta mañana, ¿vale? —me indicó cuando vio que necesitaba un empujoncito.

—Claro, qué tonto... Perdona. Oye, me gustaría volverte a ver, ¿crees que es posible?

—Es posible—me dio por toda respuesta.

Estaba claro que no le iba a sacar más... Le gustaba jugar y ni siquiera me dio su teléfono cuando salí por la puerta, a instancias de ella.

—Ya nos veremos por ahí—me dijo.

^e Sabía muy bien que eso equivalía a que me lo currase, que ya sabía por dónde paraba y que no había más. El jueguito tenía su morbo y, por una vez, yo también mostraba ganas de jugar.

e

e

Fueron muchas las posturas en las que lo hicimos y no sabría decir cuál de ellas me puso más. Cada uno de sus movimientos era más sensual que el otro, haciéndome desearla hasta que mi garganta no podía repetir más su nombre.

“Olivia” se me estaba grabando a fuego en una larga e intensa noche de pasión que no acabó hasta que llegó la mañana. Fueron varias horas de entrega de la que aún me llegaban frases, unos detrás de otro, cuando ella se metió en la ducha.

Después me invitó a ducharme y me hice el remolón... No tenía demasiada experiencia en cuestión de ligues y me costó un poco pillar el hecho de que me estuviese invitando a marcharme ya.

—Es que espero una visita esta mañana, ¿vale? —me indicó cuando vio que necesitaba un empujoncito.

—Claro, qué tonto... Perdona. Oye, me gustaría volverte a ver, ¿crees que es posible?

—Es posible—me dio por toda respuesta.

Estaba claro que no le iba a sacar más... Le gustaba jugar y ni siquiera me dio su teléfono cuando salí por la puerta, a instancias de ella.

—Ya nos veremos por ahí—me dijo.

Sabía muy bien que eso equivalía a que me lo currase, que ya sabía por dónde paraba y que no había más. El jueguito tenía su morbo y, por una vez, yo también mostraba ganas de jugar.

Capítulo 7



Ya avanzaba por la calle cuando un lujosísimo coche se paró en su verja y entró al abrirse esta. Desde donde estaba, no pude ver más que la silueta de un hombre y nada más. Solo que no iba acompañado.

Me quedé pensando en que ella comentó que esperaba una visita. Quizás fuese un memo, pero comencé a comerme el coco porque me había gustado, Olivia me había regalado una noche inolvidable y yo suspiraba por volverla a ver.

Llegué a casa con ese pensamiento en el coco y me encontré allí con Jaime, tumbado en una hamaca al lado de la piscina.

—Hombre, por fin te estrenaste en la era post Julia, ¿cómo ha ido?

—Genial, mejor que bien...

—Vaya, tan jodido es enero como febrero—murmuró.

—No te entiendo, estamos en mayo—le recordé.

—Yo no me quedo alelado por un polvo, lo sé de sobra. Digo que tan jodido es que no quisieras meterte en otras camas como que ahora no quieras salir de la de Olivia, ¿te has quedado pillado?

— ¿Se puede en una noche?

—Se han observado casos en la naturaleza, no es el mío, desde luego, pero se han observado...

—Tenía una cita esta mañana, por eso me ha echado pronto.

— ¿Pronto? Le has echado tu buen rato, chaval. Martina y yo nos dimos un revolcón y ya llevo unas horillas aquí

— ¿No pretendías quedarte a dormir con ella?

—Es un polvo, y un primer polvo que igual ni se repite, ¿quieres que la acojone viva?

—Estoy muy verde, ¿no?

—Mucho, pero aparte, ¿por qué tienes esa cara de compungido? No es propia de un *poshincamiento* satisfactorio.

—Porque creo que se ha citado con un tío esta mañana.

— ¿Y qué? Puede ser su abogado. Igual es una mujer de negocios, ¿tú qué sabes?

—Eso sí que me encajaría, porque no veas la casa en la que vive, está forrada.

—Entonces igual te conviene que las volvamos a ver.

—No seas mequetrefe, a mí eso me da igual...

—No sé cómo haré carrera de ti, ¿un café y me lo cuentas todo?

—Sí, al café. De lo demás, no te pienso dar ni un detalle, pero ha sido una noche espectacular.

—Le voy a echar algo de combustible al café, ¿qué bebida prefieres?

— ¿Prepararme un carajillo? Los detesto, ni en broma.

—Vale, pues entonces tendré que anestesiarte o algo...

—Solo es que me da por pensar que pueda tener un amante.

— ¿Y? ¿Qué pasa si lo tiene? Puedes convertirte en el segundo de a bordo. Y, con suerte, igual escalas peldaños como en el trabajo.

— ¿Tú cómo puedes ser así, Jaime?

— ¿Cómo soy yo? Un tío práctico. A ver, analicemos la situación... Anoche salimos de cacería y tuvimos la suerte de encamarnos con dos preciosidades, ¿es que quieres ofender al universo? Mira que te puede enviar una impotencia para que te quejes por algo de verdad.

—No digas burradas. Y no, no pretendo ofender al universo, pero me produce escozor pensar que igual es un amante que un novio... Puede que ella le esté siendo infiel.

—Puede, perfectamente, ¿y? Bienvenido al mundo real, amigo...

—Eres más bruto que un arado. Yo lo que necesito es que me ayudes a pensar con claridad.

—Y justo eso es lo que estoy haciendo, ¿te queda alguna duda?

—Qué falta de sensibilidad, ¿y si es un marido?

—Pues cabe la posibilidad de que lo sea, ¿y? Míralo por el lado positivo, puede que el adinerado sea él y haya pagado hasta el colchón en el que te has revolcado con su mujer. Tiene su punto.

—Jaime, de veras que a veces no entiendo cómo tú y yo podemos ser colegas...

—Porque sabes que soy un tío cojonudo.

—Sí, todo corazón y sensibilidad.

—Enzo, busca el fallo donde quieras, pero has vuelto al mercado y esto es la jungla, ¿o es que tú aspiras a casarte con tu primer polvo? Relájate y disfruta de lo que tienes. Solo faltaría que te comieses el coco. Mira, en cualquier momento, cuando menos lo esperes, te escribirá un mensajito o algo. Martina ya lo ha hecho para decirme que me he dejado allí el cinturón, cosa que he hecho a propósito, por supuesto.

—Tú sí que sabes...

—Pues claro, hay que actuar con sutileza, pero con picaresca, ahí está el truco.

—Olivia es que no tiene mi teléfono, no ha hecho por tenerlo.

—Anda, te ha salido juguetona.

—O igual es que no le ha gustado para repetir, ¿puede ser eso?

— ¿Ahora me vienes con inseguridades? ¿Tú le has dado candela de la buena?

—A tope, hasta donde daba la caldera.

—Pues entonces, no temas. Ya repetiréis.

—Va a estar casada...

—Si ese tío fuese su marido, no habría arriesgado tanto. Te has cruzado con él, ¿la tomas por tonta?

—Ya, además de que ella no lleva alianza, eso es verdad.

—Bueno, no se la habrías visto, eso es otra cosa...

—No, no la lleva porque me he fijado y no tiene en el anular la más mínima marca. He estado en todo. No tengo que temer eso, casada no está.

—Te juro que flipo contigo, Enzo.

—Es que a mí me gusta fijarme en los detalles. Soy muy observador—le recordé.

—Para detective serías bueno. Túmbate en una hamaca y déjalo estar.

—¿Y si nos acercamos por el club esta tarde? Igual va...

—Ya no tenemos la invitación de Pablo, ¿sabes cuánto nos costaría entrar?

—Da igual, yo te invito.

—No te puedo creer... Sí que te ha dado fuerte. Ni de coña, no puedes mostrarle tu debilidad. Duerme y en un rato salimos a comer algo. Además, que mañana tenemos que estar frescos como lechugas para ir al trabajo, ¿no es eso lo que siempre dices? Pues a centrarte en lo que te tienes que centrar...

—Pues entonces, no temas. Ya repetiréis.

—Va a estar casada...

—Si ese tío fuese su marido, no habría arriesgado tanto. Te has cruzado con él, ¿la tomas por tonta?

—Ya, además de que ella no lleva alianza, eso es verdad.

—Bueno, no se la habrías visto, eso es otra cosa...

—No, no la lleva porque me he fijado y no tiene en el anular la más mínima marca. He estado en todo. No tengo que temer eso, casada no está.

—Te juro que flipo contigo, Enzo.

—Es que a mí me gusta fijarme en los detalles. Soy muy observador—le recordé.

—Para detective serías bueno. Túmbate en una hamaca y déjalo estar.

—¿Y si nos acercamos por el club esta tarde? Igual va...

—Ya no tenemos la invitación de Pablo, ¿sabes cuánto nos costaría entrar?

—Da igual, yo te invito.

—No te puedo creer... Sí que te ha dado fuerte. Ni de coña, no puedes mostrarle tu debilidad. Duerme y en un rato salimos a comer algo. Además, que mañana tenemos que estar frescos como lechugas para ir al trabajo, ¿no es eso lo que siempre dices? Pues a centrarte en lo que te tienes que centrar...

Capítulo 8



Estábamos aparcando en la puerta del trabajo cuando me quedé patidifuso.

— ¿Qué te pasa, tío? ¿Una bajada de tensión? No jodas, vaya imagen de pusilánimes que daremos en nuestro primer día de curro.

—Mi tensión está perfectamente, chalado... Si estoy así es por lo de ese coche.

—Ya lo sé, a mí también me sube la bilirrubina por no poder tener uno como ese, pero ¿qué le hacemos? Tú no deberías quejarte, el descapotable está a estrenar y mola tela.

—Y dale, ¿me dejas hablar? Ese coche fue el que entró en casa de Olivia ayer.

— ¿Y por qué va a ser ese mismo? Sería uno igual... O parecido, que tú de coches no entiendes tanto, y ese cuest: un pastizal de los buenos.

— ¿Será porque me fijé en la matrícula?

—Eso es de friki, Enzo.

—Lo que tú digas, pero es el coche. El mismo... Espera, a ver quién se baja de él.

Nos quedamos parados un momento y cuál no sería mi sorpresa al ver que quien se bajaba era Pablo Rivas en persona, el jefazo.

— ¿Él? No puede ser, ¿cuántos años tiene más que ella? ¿25? Joder, me va a dar una pataleta.

—En mala hora te saqué a bailar, eres peor que un crío pequeño. Si se ha dado esa circunstancia, se ha dado. Qué le vas a hacer.

—Con razón tenía tanta prisa para que me fuera ya, que casi me termina echando de su casa. Está liada con un pez gordo.

—Pues nada, ¿y el morbo que te dará pensar que has compartido amante con el jefe? Y lo digo en pasado, ¿eh? Porque puestas así las cosas, será mejor que no la vuelvas a ver. No quiero que un polvo ponga en peligro tu puesto de trabajo... Y de rebote el mío.

—No, si tienes razón. Tengo que pasar de ella y esto nunca se sabrá.

—Al menos ya sabes fijo que no es su marido, porque ella no lleva alianza y porque ayer investigué: lleva toda la vida casado y con ella no va a ser, evidentemente.

—Pues no, no salen las cuentas... El tío asqueroso se la está beneficiando...

—Se la está tirando, pero tú puedes edulcorarlo como te dé la gana.

—Y luego nos viene con exigencias a los demás, que si nada de amor entre compañeros y...

—Es el jefe, se cree con derecho a exigir lo que le venga en gana. Al fin y al cabo, lo que él hace forma parte de su vida privada. Yo no creo que a Olivia se la traiga a la oficina a...

— ¡Ni lo menciones! Que soy capaz de potar aquí mismo.
a

—Pues sí que te ha dado fuerte. Tenemos que volver a salir de cacería pronto, ¿eh? Antes de que se te enquiste, que eres capaz hasta de deprimirte. Y otra cosa, al jefe le pones una sonrisa de oreja a oreja, que vamos los dos en el mismo barco.

Lógico que él llevaba razón y que no tendríamos más remedio que hacerlo así, aunque reconozco que me costó presentarme delante de él.

Fue el mismo Pablo quien nos enseñó las instalaciones y más de un codazo tuvo que darme Jaime para que le atendiera, porque el tío parloteaba a tope y a mí la mente se me ensuciaba, volando hacia donde no tenía que volar.

Nos presentó a nuestro equipo al completo, gente muy maja y con experiencia en el sector, con muchas ganas de trabajar, según se veía.

Pablo seguía hablando por los codos cuando por fin nos fue a presentar a la persona que coordinaría nuestro trabajo, quien estaría al mando de todo y supervisaría nuestra labor como jefes de equipo.

—Os presento a mi querida hija Olivia—dijo en un momento en el que me pilló mirando para otro lado y no vi a aquel pibón que avanzaba embutida en su falda de tubo y pisando fuerte con sus taconazos.

En ese instante sí que sentí vértigo, recordándola sin nada de ropa y solo con esos zapatos, presta para meterse conmigo en la cama.

Si yo traté de disimular al máximo mi cara de sorpresa, no digamos ya ella, que pareció una experta al hacerlo. Se acercó, primero le estrechó la mano a Jaime y luego... Luego me la estrechó a mí como si nada, aunque sus enormes ojazos se posaron en los míos y yo traté de evitar que se me notara lo mucho que me atacó de los nervios.

Una vez que hubo concluido la reunión, se vino hacia mí, quedándonos a solas.

—El mundo es un pañuelo, quién me lo iba a decir...

—Fíjate, de manera que no quisiste quedarte con mi teléfono y ahora resulta que me verás hasta en la sopa.

—Cosas de la vida, ahora tendrás que trabajar bajo mis órdenes, ¿eso te supone algún problema?

—Ninguno, por supuesto que no, no soy ningún misógino y, de hecho, estoy encantado. Eso sí, tendremos que disimular porque tu padre me dejó bien claro la otra noche...

—Ya me imagino... La chorrada esa de que los empleados no pueden liarse, como si no lo hicieran a sus espaldas—rio.

—Claro, de todos modos yo no quisiera importunarle—le dije porque también era mala pata.

—Tú tranquilo, que sí nos da un apretón, él no tiene por qué enterarse—me respondió guiñándome uno de sus ojazos.

—Es que, si se enterase...

—Montaría en cólera, no te lo voy a negar. Y más conmigo, que soy la niña de sus ojos, pero lo dicho, tranquilo, que tampoco nos vamos a casar—me soltó junto con una risita burlona justo antes de girar sobre sus tobillos y ofrecerme uno de esos movimientos suyos de cadera que complicarían mi concentración en el trabajo.

Me fui hacia el amplio, luminoso y moderno despacho que compartiría con mi amigo, y él me miró con una risilla impertinente.

—La que hemos liado, pollito...

—Más que nada yo, ¿no?

— ¿Solo tú? ¿Te has fijado en la pelirroja que está en recepción?

— ¿Martina? No he pasado por allí, ¿no me estás vacilando?

— ¿Tengo cara de estar vacilándote? Ya hemos quedado para esta noche.

—Pero, ¿dónde quedó eso de que yo no me podría acercar más a Olivia? Tú mismo lo dijiste antes...

—Porque pensaba que era la amante del jefe, tío, no compares...

—Y resulta que es su hija, todavía peor. Esto es horrible.

—Pues tú haz lo que te dé la gana, pero yo esta noche repito con Martina.

—Si no parecía que tuvieses tanto interés.

— ¿Y qué? Este rollito prohibido me está dando morbo, ¿qué pasa?

—Que los dos vamos en el mismo barco, tú mismo lo dijiste.

—Pues será mejor, entonces, que remes en mi misma dirección, porque yo he puesto rumbo a la pelirroja. A mí no me da lecciones de moral ningún carcamal porque esté más aburrido que una ostra con su mujercita.

—La que hemos liado, pollito...

—Más que nada yo, ¿no?

—¿Solo tú? ¿Te has fijado en la pelirroja que está en recepción?

—¿Martina? No he pasado por allí, ¿no me estás vacilando?

—¿Tengo cara de estar vacilándote? Ya hemos quedado para esta noche.

—Pero, ¿dónde quedó eso de que yo no me podría acercar más a Olivia? Tú mismo lo dijiste antes...

—Porque pensaba que era la amante del jefe, tío, no compares...

—Y resulta que es su hija, todavía peor. Esto es horrible.

—Pues tú haz lo que te dé la gana, pero yo esta noche repito con Martina.

—Si no parecía que tuvieses tanto interés.

—¿Y qué? Este rollito prohibido me está dando morbo, ¿qué pasa?

—Que los dos vamos en el mismo barco, tú mismo lo dijiste.

—Pues será mejor, entonces, que remes en mi misma dirección, porque yo he puesto rumbo a la pelirroja. A mí no me da lecciones de moral ningún carcamal porque esté más aburrido que una ostra con su mujercita.

Capítulo 9



Fue una mañana intensa a todos los niveles, al final de la cual Olivia me buscó, ya en el parking.

—¿Te apetece cenar esta noche? —me preguntó poniendo sus dedos sobre los botones de mi camisa y haciendo que esta me sobrase.

—Tú ya dijiste que nos veríamos por ahí, ¿no? Yo creo que es mejor que fluya, Olivia, pero poco a poco.

—Te mueres por besarme, pero estás cagado por culpa de mi padre, dime que no es verdad...

—Un poquito de respeto sí que me da la situación, la verdad...

—Vaya, y yo que creía que eras distinto a los demás, qué pena. *Arrivederci*—me dijo apretando el botón del mando a distancia para subirse en su coche.

Dejé que se fuera, pero mi corazón comenzó a palpar tan fuerte que terminé por adelantarla y cruzarme en su camino.

—¿Estás majara? Casi te pillo, Enzo, ¿es que todavía no has empezado a trabajar y ya quieres cobrar una indemnización por accidente laboral? Pues vaya ojito que ha tenido mi padre.

—Claro que no es eso... ¿qué has querido decir antes con eso que has dicho?

—Pues que no encuentro ni un hombre que merezca la pena, porque todos se bajan los pantalones ante mi padre. Piensan que actuará todavía peor porque soy su hija y no se atreven a tener nada conmigo. Pensé que, al menos, tú correrías el riesgo...

—No es plato de gusto...

—¿Y este? ¿Lo es este? —me preguntó insinuante mirando su escote.

—Ese es para ponerse las botas... Además, ¿no dijiste que él no tenía por qué enterarse?

—Yo no tengo intención de ir con un megáfono a contárselo, no sé tú...

—Yo tampoco, es que Olivia...

— ¿Qué? Dímelo...

—Que tenía muchas ganas de volver a verte.

—Pues ya me has visto, y si eres lo suficientemente hombre, te espero en casa esta noche a las nueve.

— ¿Qué puedo llevar? Ya sabes, para la cena.

—Ganas, trae ganas... En cuanto a lo otro, ven cenado ya—me contestó.

La boca se me hizo agua en ese momento. Yo no me había visto en otra en mi vida. Aquella reina de la sensualidad me había escogido para compartir con ella el trono de su cama. Y yo me sentía... Yo me sentía pletórico.

Ya en casa, lo hablé con Jaime.

—Has hecho muy bien, ¿quién es ese tal Pablo Rivas para coartarnos? Si damos el callo en el trabajo, no puede pedirnos más.

—Tú, de todos modos, ve con pies de plomo, Jaime, no es plan de encabritar al jefe a la primera de cambio.

—Más bien aplícate el cuento tú, que te vas a tirar a su niña... Reiteradas veces, porque esto tiene visos de continuidad.

— ¿Tú crees que les gustamos de verdad?

i

— ¿Y por qué si no lo de tirarnos la caña de nuevo? Si hubiésemos dejado el listón muy bajo habrían tirado de agenda. Esas dos deben tenerlas más repletas que las de un ministro, y no precisamente de actos oficiales.

—Eso es verdad... Me estoy poniendo muy nervioso, son demasiadas emociones al mismo tiempo.

—Pues para eso no hay nada como una tarde de compras. He observado en los tendederos que tu ropa interior no es precisamente sexy.

—Es la que le gustaba a Julia, me la compraba con ella.

—Eso lo explica todo. Hoy vas a empezar a recibir clases de sexapil a manos de un verdadero maestro, siéntete privilegiado.

—Tú lo que quieres es que te caiga algo, ¿no? Me llevas, me aconsejas y me atracas. Deja, que ya voy yo.

—Vale, lo haré gratis. Todo sea por un amigo...

— ¿Tú eres consciente de que nos estamos metiendo en la boca del lobo?

— ¿Y tú del morbo que tiene eso? —me respondió él.

—Yo es que tengo a Olivia metida aquí en la cabeza, no me la puedo sacar.

—Normal, te ha dado sexo del bueno, eso resulta muy adictivo.

—También tenía sexo con Julia...

—Eso es como comparar un Seat con un Tesla, perdona que te diga... Y vaya delantera que tiene tu Tesla, ¿es natural?

— ¿Y desde cuándo hablo yo de esas cosas?

—Calla, es verdad, que no recordaba que estoy delante de Mr. Perfecto, mira que eres...

—Nada de perfección, la estamos cagando y lo sabes... Contravenimos al jefe desde el primer día, nos las vamos a jugar.

—Más tú que yo, que te tiras a su hija.

—Me encanta tu apoyo...

—Y yo que me alegro, ¿nos vamos ya de compras?

Lo hicimos, porque por primera vez en mucho tiempo sentía una chispa en mi interior que me llevaba a querer sentirme sexy. Olivia lo era y mucho, y yo no deseaba desmerecer a mi lado.

Todo se había liado de una manera monumental, ¿por qué esa casualidad? ¿Por qué ella y no otra? Porque al destino, a veces, le encanta manejar los hilos, llegando a enredarlos, y nadie duda de su naturaleza caprichosa.

Compré varias prendas pensando en ese encuentro que se produciría tan solo unas horas después. Quién me iba a decir que Olivia era mi jefa y que, a pesar de ello, y de las advertencias de su padre, estaba dispuesto a saltar con pértiga todas las señales de peligro con tal de perderme entre sus sábanas, ya que nuevamente habíamos quedado en su casa... en esa casa en la que tan buena onda me llegaba y que deseaba fervientemente volver a pisar.

Lo hicimos, porque por primera vez en mucho tiempo sentía una chispa en mi interior que me llevaba a querer sentirme sexy. Olivia lo era y mucho, y yo no deseaba desmerecer a mi lado.

Todo se había liado de una manera monumental, ¿por qué esa casualidad? ¿Por qué ella y no otra? Porque al destino, a veces, le encanta manejar los hilos, llegando a enredarlos, y nadie duda de su naturaleza caprichosa.

Compré varias prendas pensando en ese encuentro que se produciría tan solo unas horas después. Quién me iba a decir que Olivia era mi jefa y que, a pesar de ello, y de las advertencias de su padre, estaba dispuesto a saltar con pértiga todas las señales de peligro con tal de perderme entre sus sábanas, ya que nuevamente habíamos quedado en su casa... en esa casa en la que tan buena onda me llegaba y que deseaba fervientemente volver a pisar.

Capítulo 10



Llegué a su puerta con la emoción a flor de piel. Resultó que esa diosa de la belleza, que me recibió con la luz justa para que pudiese observar su impresionante anatomía a través de aquel batín semitransparente, me cogió por la pechera y me metió para dentro a besos.

Después, dio media vuelta y sus caderas me hicieron seguirla hasta su cama... Esa cama que me hacía estremecer solo con pensar en ella.

Una vez allí, y sin que yo mediase palabra, tuve que tragar saliva al ver cómo ella misma se despojaba de esa sensual y translúcida prenda, subiéndose a continuación a la cama y comenzando a tocarse para mí.

El corazón me comenzó a latir tan fuerte que en lo único que puede pensar fue en que se me saldría del pecho. Aquella diosa me estaba excitando de un modo que no parecía ser de este mundo, gracias a esas caricias genitales que ella misma se estaba proporcionando...

Los gemidos que salían de su garganta eran realmente de infarto. Nunca había escuchado algo tan sensual y daba la impresión de que ella solita se provocaría un orgasmo aún más rápido de lo que pudiera hacerlo yo.

Nunca me había sentido tan alterado, nunca con tantas ganas de poseer a una mujer. Traté de avanzar hacia ella y el movimiento de su dedo índice negando me hizo ver que me tocaría continuar de espectador un poco más.

No fue hasta que chilló ese primer orgasmo, efectivamente, cuando el mismo dedo me pidió que avanzase hacia la cama. Para entonces, mi miembro viril había adquirido la consistencia de una roca, algo que fue muy del gusto de Olivia, a juzgar por la cara libidinosa con la que me miró.

Tuve intención, en primer lugar, de bajar hacia el ecuador de su cuerpo para probar el sabor de ese perturbador orgasmo, y digo perturbador porque todo aquello comenzaba a afectarme y podía ser de esos que se colaran en mis sueños.

Olivia tenía otros planes para mí en ese justo instante y no dudó en hacérmelo ver, al despojarme de ese nuevo bóxer que me compré, mucho más acorde a la situación que los anteriores, si bien apenas adquirió protagonismo

en una noche en la que ella deseaba degustar mi masculinidad.

Me hizo ponerme de pie delante de la cama. En cuanto a sus ojos, su azul se clavó en los míos mientras me mantenía la mirada al mismo tiempo que comenzaba a lamerme de un modo sobrecogedor.

Tuve que aclararme la voz, pues no estaba acostumbrado a un sexo tan explícito y brutal, a un sexo que me llevó a lo más alto, a endurecerme una barbaridad entre sus gruesos y sedosos labios rosados... Unos labios que podrían poner mi cordura en jaque.

Olivia hizo y deshizo como le vino en gana, ella tumbada bocabajo en la cama, con sus largas piernas en alto. Mientras, yo me mantuve delante de ella, excitado como nunca lo había estado, a punto de estallar, disfrutando de momento y anhelando a la par que llegase el de penetrarla.

En su mirada había provocación, mucha provocación... Se trataba de una mujer insinuante, no podría serlo más. El sexo parecía ser su juego favorito y yo me sentía enloquecer.

Cuando por fin soltó mi miembro, el cual palpitaba por la excitación, desprendiendo un impresionante calor, hizo que me tumbara y que la penetrase mientras ella permanecía a horcajadas.

Si sexy había sido su imagen hasta entonces, ¿qué decir a partir de ese momento? Olivia era la amazona más seductora del mundo, no había más que observar el coqueteo con su pelo para entender que ella estaba a otro nivel.

Mis manos, al mismo tiempo que ella cabalgaba, amasaban esos turgentes y grandes senos cuyos duros pezones decían ¡cómeme! Lo hice, los lamí con ímpetu, tratando de sacarle un nuevo orgasmo, y mi satisfacción fue máxima al comprobar que no tuvo ningún problema para alcanzarlo, que su boca lo gritó para mí, que sus labios llevaban mi nombre en el momento de hacerlo.

Esos labios, esos senos, esas caderas, esas piernas... El conjunto al completo me arrastraba al abismo de la locura que debía ser el lugar predilecto de Olivia a la hora de invitar a los hombres.

1

Cuando ya no pude más, cuando mi excitación traspasó todas las barreras, tomé las riendas y, dándole la vuelta, le poseí con furia. Fue su mirada lasciva la que me pidió que lo hiciera así y eso coincidió con lo mismo que me pedía el cuerpo.

Cogiéndola por las muñecas, me hice con el mando de aquella locura sexual que comandamos a medias a partir de ese instante, unas veces ellas y otras yo.

Fueron varias las horas que nos mantuvimos activos sobre su colchón, dándolo todo para el otro, buscando que el placer nos inundase, y entonces caímos exhaustos.

— ¿Qué te apetece que hagamos ahora? —le pregunté.

—Dormir, obviamente... Conozco a uno que mañana no nos perdonará.

¹— ¿Has decidido contárselo a tu padre?

—Qué mono eres, Enzo, yo me refería al despertador, pero esto se ha desinflado al pensarlo—se burló echando mano a mi entrepierna.

¹—Un poquillo, pero que si quieres más marcha, está listo de nuevo en tres, dos...

—No, suficiente por hoy, deberías marcharte.

— ¿No quieres que me quede al menos un ratito?

—Mañana hay que trabajar y todo ha estado sensacional. No lo estropees, por favor.

Me acompañó hasta la puerta, donde me despidió con un pico. El problema era que me desconcertaba, como si ella manejase la situación o, como me diría mi amigo al día siguiente, porque precisamente la manejaba y era consciente de ello.

,

¹

— ¿Qué te apetece que hagamos ahora? —le pregunté.

—Dormir, obviamente... Conozco a uno que mañana no nos perdonará.

— ¿Has decidido contárselo a tu padre?

—Qué mono eres, Enzo, yo me refería al despertador, pero esto se ha desinflado al pensarlo—se burló echando mano a mi entrepierna.

—Un poquillo, pero que si quieres más marcha, está listo de nuevo en tres, dos...

—No, suficiente por hoy, deberías marcharte.

— ¿No quieres que me quede al menos un ratito?

—Mañana hay que trabajar y todo ha estado sensacional. No lo estropees, por favor.

Me acompañó hasta la puerta, donde me despidió con un pico. El problema era que me desconcertaba, como si ella manejase la situación o, como me diría mi amigo al día siguiente, porque precisamente la manejaba y era consciente de ello.

Capítulo 11



Una semana después, el jefe nos hizo llamar a su despacho.

Me encontré en el pasillo con Jaime, que venía del baño, y yo iba más que apurado.

—¿Tú crees que sabe algo?

—No lo creo para nada. Y si lo supiera, ¿qué? ¿Nos va a echar?

—Pues cabe la posibilidad, sobre todo a mí.

—Bueno, hay que reconocer que tú tienes más papeletas, el día que se entere de que eres quien se cepilla a su hija ya veremos cómo reacciona...

—No vuelvas a repetir eso aquí, que las paredes oyen, ¿te enteras? Y ya sabes que esto es una relación de cama, no avanza.

—¿Y de qué quieres que sea en unos días? Yo es que me parto contigo, vaya.

—Pues de otra cosa, no sé... Yo, cuando empecé con Julia...

—Con la pavisosa de Julia, ¿qué?

—Pues que todo era mucho más normal: comenzamos a ir al cine, nos mandábamos un beso de buenas noches... Nos dábamos los buenos días, lo lógico.

—Lo lógico en tu mundo... Yo nunca he hecho nada de eso y así me va...

—Pues eso, que así te va—le dije con retintín.

—Detecto cierto tonito de guasa. Lo dejaré correr porque no quiero tonterías contigo. Mira, ¿sabes lo que haremos?

—Ni idea...

—Pues las invitaremos a una fiestecita privada el finde...

—Perdona, estamos en Marbella. Y hablamos de Olivia Rivas, quien debe estar invitada a las mejores fiestas, ¿de qué me hablas?

—Pues justo por eso, haremos algo distinto. Celebraremos una fiestecita en casa para todos los compis y así veremos del pie que cojean. El jefe no quiere que nos liemos entre nosotros, pero sí que estrechemos lazos entre los compañeros...

—Yo no sé si esa es una buena idea. Alguien podría percatarse de algo e irle con el cuento. Y entonces... entonces tendríamos un pie en la calle en menos de lo que canta un gallo.

—Tú déjame, queremos conocerlas en más ambientes y situaciones, ¿no? Pues esa me parece la ideal...

—Muy seguro estás tú. Oye, ¿y eso de hablar en plural? Creí que ya era hora de que cambiases de chica, tú no sueles repetir con la misma.

—Ya, es verdad... No sé, supongo que es lo prohibido, que me pone, ya me conoces...

—O puede que sea Martina, que te esté enganchando más de la cuenta.

—Oye, no sé dónde quieres llegar porque, a diferencia de ti...

—Ya, que tú controlas... Lo mismo que decías con el tabaco y te costó Dios y ayuda dejarlo...

—Ni lo menciones. Todavía, a veces, huelo que encienden un cigarrillo y voy detrás como un desesperado, a ver si capto un poquillo de olor.

—Eso me puede terminar pasando a mí con Olivia, y no estoy dispuesto.

—Claro que no, por eso tomaremos medidas. Lo primero es demostrarles que nosotros también estamos en el mercado y que podemos invitar a otros pececillos a nuestra fiesta.

—¿Tú crees que ellas morderán el anzuelo?

—Muy de morder no son, ¿no? Más bien son de...

—Calla esa boca antes de que sueltes una burrada de la que tú mismo te puedas arrepentir.

Entramos en su despacho y el gran jefe nos estaba esperando.

—Sentaos, por favor—nos pidió.

—Usted dirá, Don Pablo—inicié la conversación, removiéndome en mi silla puesto que no me sentía demasiado cómodo delante de él.

—Enzo, Jaime, iré al grano... Os he llamado porque ha llegado a mis oídos que habéis contravenido una de mis normas—nos anunció y ambos nos miramos desesperados y sin saber cómo reaccionar.

s

—Verá Don Pablo, no ha sido nuestra intención...

— ¡Pero lo habéis hecho! —exclamó.

Por mi cabeza pasaron todo tipo de ideas, una de las cuales tuvo que ver con confesar sobre la marcha. Me disuadió el hecho de que con mi confesión me llevaría por delante a mi amigo, algo que no era en absoluto justo.

—Si le hemos ofendido, Don Pablo...—comencé a decir mientras trataba de ganar algo de tiempo, a ver si había suerte y la tierra se abría a nuestros pies, tragándonos.

—Un poco sí que me ofende, no os lo voy a negar... En el buen sentido de la palabra—se echó a reír—, porque si seguís así un día os mereceréis este sillón que ocupo más que yo, ¿una copita?

No entendíamos nada, no lo entendíamos y entonces él nos lo aclaró.

—Sí, por favor...

—Chicos, estáis haciendo un gran trabajo... Lo de contravenir la norma de no hacerme sombra, obviamente, es una broma. He de decir que me habéis sorprendido y eso no es algo que estuviera en mis planes.

—Gracias—murmuramos ambos a la vez.

—No hay que darlas, cuando se merecen, se merecen... Uno de nuestros más importantes clientes me acaba de

informar de que ha podido repeler un ciberataque a su empresa gracias a vuestra gestión. A consecuencia de eso, nos está muy, muy agradecido, por lo que nos ha ofrecido una suma mayor de dinero con tal de que sigamos alerta. Indexa es una empresa que está en auge y que habría sufrido pérdidas millonarias de no ser por vuestra intervención. Reitero mis felicitaciones y también os anuncio que esto se traducirá en un plus en vuestra próxima nómina, un plus considerable.

Pablo Rivas no era de hablar de números precisamente, pero “un plus considerable”, en su boca, podía tratarse de una cantidad que dejase las nuestras abiertas.

Salimos del despacho, aliviados y contentos.

—Ha sido la releche, qué momento de tensión, ya nos veía de patitas en la calle—me contaba Jaime—, y de pronto nos viene a corroborar lo que ya sabemos: ¡Que somos los putos amos!

—Sí, pero también le has escuchado decir que nos hemos ganado su confianza, ¿no?

—Pues claro que nos la hemos ganado, ¿y?

—¿Y de verdad tú no ves ninguna controversia en todo esto?

—Yo solo veo una fiesta inminente y, después, una nómina sensacional. Tengo que pensar lo que haré con ese plus...

informar de que ha podido repeler un ciberataque a su empresa gracias a vuestra gestión. A consecuencia de eso, nos está muy, muy agradecido, por lo que nos ha ofrecido una suma mayor de dinero con tal de que sigamos alerta. Indexa es una empresa que está en auge y que habría sufrido pérdidas millonarias de no ser por vuestra intervención. Reitero mis felicitaciones y también os anuncio que esto se traducirá en un plus en vuestra próxima nómina, un plus considerable.

Pablo Rivas no era de hablar de números precisamente, pero “un plus considerable”, en su boca, podía tratarse de una cantidad que dejase las nuestras abiertas.

Salimos del despacho, aliviados y contentos.

—Ha sido la releche, qué momento de tensión, ya nos veía de patitas en la calle—me contaba Jaime—, y de pronto nos viene a corroborar lo que ya sabemos: ¡Que somos los putos amos!

—Sí, pero también le has escuchado decir que nos hemos ganado su confianza, ¿no?

—Pues claro que nos la hemos ganado, ¿y?

—¿Y de verdad tú no ves ninguna controversia en todo esto?

—Yo solo veo una fiesta inminente y, después, una nómina sensacional. Tengo que pensar lo que haré con ese plus...

Capítulo 12



Al día siguiente, estábamos repartiendo las invitaciones para la fiesta a nuestros compañeros. Las habíamos diseñado nosotros mismos y las imprimimos la tarde anterior.

— ¿Quién es ese que está hablando con Olivia? —le pregunté a Jaime.

— ¿Y a mí qué me cuentas? Será un cliente, yo qué sé...

— ¿Y todos los clientes la cogen así por el brazo? Mírala, que ella parece que se está dejando querer...

—No seas paranoico, Enzo. Solo es un gesto de complicidad, ¿tú eres un tío de estos tiempos o del Paleolítico?

—Qué fácil es hablar cuando se tira con pólvora ajena, ¿eh?

—Déjate de gaitas, ¿qué estás queriendo decir con eso?

—Pues que si estuviera en ese plan con Martina, igual que con Olivia, te molestaría.

—Tú no habrás fumado nunca, colega, pero para mí que te metes alguna pastilla o algo... Yo soy un tío moderno. A ver si tomas nota...

Mucha modernidad, pero yo sabía muy bien lo que me decía. Y eso que aún no le había escuchado decir el “*Chao bella*” que pronunció al despedirse de ella y que me puso todos los vellos de punta.

— ¿Es italiano? ¿Ese tipo es italiano? —le pregunté.

—Un poco, ¿no? —se burló.

—No se puede ser un poco italiano...

—Pero sí un sucedáneo, ¿no? —siguió con la bromita del primer día, cuando nos presentamos.

—A mí es que los sucedáneos no me gustan...

—Y a mí tampoco, pero no te preocupes, que tú no lo eres—me dijo guiñándome un ojo.

Me acerqué a ella con la intención de saber.

— ¿Quién es, Olivia? No le había visto por aquí.

—Acaba de llegar. Mi padre le ha llamado porque Lorenzo ha vuelto a Marbella y le quiere en su equipo. Es uno de los mejores abogados de empresa que te puedas echar a la cara.

— ¿Va a trabajar aquí?

—Eso parece. Oye, que si tienes algún problema con eso, entra y se lo discutes, ¿eh? —se choteó—. Total, está muy contento contigo y con Jaime.

—Va, va, ¿y puede saberse de qué conoces a ese tipo?

— ¿Estás celoso o me lo parece? Ay, qué mono...

— ¿Podrías limitarte a contestarme?

—Lorenzo es mi ex, de eso le conozco.

— ¿Y tu padre mete a tu ex a trabajar aquí? Él, que no quiere líos en la empresa...

—Es muy distinto, yo a Lorenzo le conocí en una fiesta y nos hicimos novios... Por aquel entonces, él trabajaba en un importante bufete especializado en Derecho Internacional Privado y así siguió siendo. Teníamos hasta planes de boda, pero, una vez que se cancelaron, volvió a Italia. Hasta ahora que ha vuelto. Mi padre me consultó sobre si me parecía bien su fichaje y yo le di luz verde.

—Ah, todo muy civilizado—le dije con cierto coraje.

—Como debe ser, ¿necesitas alguna información más?

—Bueno, ya que estamos, podrías contarme por qué no llegaste a casarte con él.

—Ya, y de paso también podría hablarte del resto de mis intimidades, pero hoy no, mañana—se mofó a lo José Mota.

Se largó dejándome con toda la cara partida. Me fui hacia nuestro despacho y le conté a Jaime.

—Joder, pues sí que es mala pata. Y más para ti, que eres un romántico empedernido y que se te puede ir la olla. Igual no lo contrata...

—Sabes que Pablo Rivas va a tiro hecho. Si lo ha llamado, es porque lo quiere en su equipo. Aparte, que Olivia dice que es un muy buen abogado y eso le avala. Y encima parece contar con el beneplácito de su exsuegro, ¿qué tipo de hombre llama a su exyerno para meterlo en su empresa? Yo no entiendo nada...

—Uno un tanto moderno, pero creo que ya de esto hemos hablado. Venga, al lío, que hay mucho que hacer y tenemos que ganarnos otro plus de esos...

—A mí me da que aquí todo se está liando mucho, ¿eh? Yo no sé si será buena idea lo de la fiesta.

—Pues claro que sí, al italiano no lo invites y listo... Yo paso de que me des la noche.

—Eso por descontado, que las invitaciones ya están repartidas. Oye, Jaime, ¿tú a mí me ves fuerte? Mírame...

—A ver, sigues en forma, pero tú estabas más fuerte, ¿te acuerdas aquella época en la que te mazaste? Ahí sí que tenías una presencia que...

—¿Tú no decías de apuntarnos al gym?

—Sí, ya va siendo hora de retomar, que apenas hemos hecho ni el huevo desde que llegamos.

—Pues ha llegado el momento de poner los huevos y hasta de hacer una tortilla si hace falta.

—Muy decidido te veo y me parece una idea cojonuda, ¿eh? Solo que en la cocina te metes tú, machote, que ya sabes que conmigo no va mucho—me comentó dándome un par de palmaditas.

Me había hinchado las narices, más que nada porque el italiano venía como un toro de fuerte y porque me parecía que Olivia le podía estar poniendo ojitos. Ese tío ya había estado en su vida, ¿quién quitaba que pudiera volver a estarlo?

Esa misma tarde nos apuntamos al gym y comencé a darle a tope a las pesas. Yo pensaba volver a ponerme en

forma porque Olivia era un bombón que me gustaba más que ningún otro y no pensaba dejar que ninguno más lo degustase.

Llegamos a casa por la noche doliéndonos hasta las pestañas.

—Para ser el primer día, nos hemos pasado un poco, ¿no te parece que eres un poquitín obsesivo? Cuando te da por algo es que te da, ¿eh? —se quejaba Jaime con la lengua fuera.

—Pues sí, y ya revisaré la nevera, que creo que hay más mierda en ella de la cuenta.

— ¿Mierda? Si viene una persona a limpiar dos veces por semana y lo tiene todo como los chorros del oro.

—Tú ya me has entendido, no se te ocurra hacerte el tonto.

forma porque Olivia era un bombón que me gustaba más que ningún otro y no pensaba dejar que ninguno más lo degustase.

Llegamos a casa por la noche doliéndonos hasta las pestañas.

—Para ser el primer día, nos hemos pasado un poco, ¿no te parece que eres un poquitín obsesivo? Cuando te da por algo es que te da, ¿eh? —se quejaba Jaime con la lengua fuera.

—Pues sí, y ya revisaré la nevera, que creo que hay más mierda en ella de la cuenta.

—¿Mierda? Si viene una persona a limpiar dos veces por semana y lo tiene todo como los chorros del oro.

—Tú ya me has entendido, no se te ocurra hacerte el tonto.

Capítulo 13



Sábado por la noche y nos lo habíamos currado para la fiesta.

El viernes estuve hasta la madrugada en casa de Olivia, en su cama, aunque no pude sacarle ni media palabra del italiano al que, ya era oficial, su padre había contratado.

Yo me comía el coco porque buscaba un acercamiento con ella, quien no parecía necesitarlo. Ella se lo pasaba genial con nuestra relación de cama y demás, pero luego no precisaba nada más. Era como que blindaba su vida y punto.

Hasta Jaime hacía más cosas con Martina, y me refiero fuera del sexo, ya que fueron un par de veces a cenar y a bailar. Mientras yo, que era el más tradicional de los dos, tenía que conformarme con tener sexo con la mujer de la que me estaba enamorando, porque el problema era ese: que yo había sucumbido a sus encantos.

Estaba colocando unos farolillos en los árboles del jardín cuando llegó él quien, por cierto, me dio un susto de muerte.

—Tío, ¡que casi me caigo de las escaleras! ¡Es que tienes menos cerebro que un mosquito!

—Perdona, es que vengo emocionado.

—No me digas que Martina te ha propuesto que seáis novios. Si es que lo sabía, todo me sale como el culo, ¿me lo explicas? ¿Me explicas cómo ha podido pasar? Tú no quieres nada formal y te asalta en toda la cara, venga... novia al canto. Y yo, que quiero darle forma a lo nuestro...

—Tú déjate de darle tanta forma que entonces tendremos que lidiar con el toro del jefe, las cosas están bien como están.

—¿Y tú sí puedes? Te recuerdo que Martina también trabaja allí y que él veta todas las relaciones entre empleados.

—Y dale con las relaciones, ¡que Martina me ha propuesto que hagamos un trío!

Nunca habría creído que yo podía tener una reacción tan desmesurada, aunque se ve que sí, porque aún no había terminado de decirlo y ya le había estampado yo en el suelo de un puñetazo.

—Tío, ¿qué mierda haces? ¿Es que te has vuelto loco?

—¿Cómo se te ocurre que te lo vas a montar con Martina y con Olivia?

—¿Y a ti quién cojones te ha dicho que es con Olivia?

—¿No? Ay, vaya, como resulta que lo hacen todo juntas...

—Pues se ve que todo, todo tampoco... Solo son amigas, como nosotros, aunque una majadería más de este estilo y perdemos las amistades... Hace falta ser animal de bellota—se quejó mientras entraba en la casa.

—Oye, pero que todavía no me has contado qué le has respondido.

—Pues qué le voy a responder, que sí, idiota... Que me ha tocado la lotería con ella.

a

—Pero a ti, ese tipo de cosas, ¿no te dan inseguridad? Es que me has dejado muerto, no lo esperaba.

—Yo tampoco esperaba tu puñetazo, imbécil, y ahora a ver cómo disimulo yo esta noche, con la fiesta. Hace falta ser...

Tuvo su importancia, porque la tuvo... Y si no que se lo dijeran a él, que tuvo que recurrir a la típica excusa de que se había dado un golpe tonto, pero lo que me indicó fue que pensar en algo así respecto a Olivia me hacía perder los estribos.

Traté de seguir trabajando y de pensar que algo así no me sucedería, que ella terminaría enamorándose de mí igual que yo de ella, y que solo era cuestión de paciencia.

Unas horas más tardes comenzaron a llegar nuestros invitados, que eran todos nuestros compañeros... A excepción del italiano ese a quien nada se le había perdido en nuestra casa.

Allí estaban Vane, Pilar, Olga, Javi, Mauro, Juanjo, Nandy, Paula y, al lado de Jaime, Martina, quien llegó con su amiga Carol, la cual se suponía que sería la tercera en el trío y que se encontraba allí como para una primera toma de contacto.

Mi amigo estaba exultante, como si tocase el cielo con las manos. No había más que verle, hablando con las dos, seduciéndolas con la mirada (por mucho que yo en parte le arruinase un ojo), y haciéndolas reír.

En la otra cara de la moneda, estaba yo, amargado pensando en que Olivia no apareciese, pues era quien faltaba.

—Perdona un momento, Martina, ¿podrías decirme si le ha pasado algo a Olivia?

—Ah, no, ella es así... Siempre se hace notar llegando la última, no te preocupes.

—Vale, ya me dejas más tranquilo.

—Que sí, hombre, que sí. Tú tranquilo, si estaba encantada con la fiesta.

— ¿Me lo dices en serio?

— ¿Y por qué no iba a estarlo? Se trata de una fiesta, no de un reparto de palos...

—También es verdad, igual yo debería relajarme porque todo va bien, ¿verdad?

—Una copita te vendría sensacional, creo yo—afirmó.

Si es que tenía toda la razón. Olivia era como era, ella tenía su puntito de misterio, pero al final debía estar pillada por nuestra relación.

Me serví una copa y me puse a hablar con el resto de mis compañeros, quienes se mostraban encantados con la fiestecita.

No es de extrañar, pues habíamos colocado hasta unos altavoces y un karaoke para cantar... También teníamos más música, comida para reventar, un surtido interminable de botellas... En fin, todo lo necesario para pasar una noche memorable en la que, además, ver más gestos por parte de nuestras chicas.

Lo cierto es que me dio tiempo a apurar una primera copa antes de que tocasen de nuevo al timbre y de que alguien dijese: “¡Ha llegado Olivia!”

Capítulo 14



Hasta entré un momento en el recibidor para mirarme al espejo antes de salir a recibirla. Me vi bien, con ese corte de pelo que me había hecho el día anterior, la barba de pocos días bien cuidada, pero dándome una airecito interesante, y esa camisa blanca de lino que realzaba el moreno de piel que comenzaba a lucir en aquellos días.

Salí a saludarla y entonces me encontré con la sorpresa.

— ¡Felicitaciones! ¡Bonita fiesta! —me dijo mientras estrechaba mi mano el italiano, que ignoraba yo quién mierda le habría invitado.

—Ya ves, una reunión sin importancia. Olivia, vienes realmente espectacular—le dije mirando su vestido, también en blanco y en lino, muy apropiado para esa época del año, pero rabiosamente sexy como toda ella. Tanto los zapatos como el bolso los traía en un rojo frambuesa, según me precisó después, en claro contraste.

—Gracias, Enzo—me dijo dándome un beso en la mejilla.

Juro que la hubiera morreado allí mismo delante de su ex, ¿de qué iba todo aquello? Tuve la suerte de que él comenzó a saludar al resto de la gente y pude llevármela aparte.

— ¿Se puede saber por qué le has traído? —le pregunté contrariado.

— ¿Te ha molestado? Ay, qué mono... No me lo puedo creer.

Lo de “Ay, ¡qué mono!”, me estaba empezando a joder cantidad porque era su manera de finiquitar cualquier cuestión que me cayese como un tiro.

—Es que él no estaba invitado.

— ¿Y qué lógica tiene eso? Pensé que, simplemente, se te olvidó decírselo... Como repartiste las invitaciones antes de que te lo presentáramos...

—Es tu ex, Olivia, llámame rarito, pero no voy a ir ni con corazas ni con mierdas de esas, ¿sabes? No me siento cómodo con él.

—Pues no lo entiendo, aparte de que a mí escenitas de celos no, ¿eh? Que cojo la puerta y me voy. O mejor, la dejó ahí, que debe pesar lo suyo, y me largo yo.

—Ok, ok, perdona, ¿te pongo algo?

—Me pones mala, idiota, me pones mala. ¿o es que tengo que meterte en la casa y demostrártelo?

—Pues no estaría mal—la reté.

En cuestión de unos segundos, ya estábamos en mi dormitorio. Ella se despojó de su vestido y yo mandé a paseo mi camisa y mis pantalones...

—Joder, si vienes sin ropa interior—observé con las bolas de los ojos salidas.

—Es demasiado ceñido, paso de que se me note nada—me explicó.

,

Los demonios me llevaron de pensar que hubiera ido de esa guisa con Lorenzo en el coche. Por cierto, que mandaba huevos que yo me llamase Enzo y el Lor-Enzo. Menos mal que no era Lord Enzo, porque entonces ya habría reventado. Solo le faltaba al tipo ese un titulito para que ya pareciera perfecto del todo.

—Ven aquí—le dije.

Ese día no hubo preliminares. Digamos que la cogí por la cintura y, mientras me rodeaba con sus piernas, la penetré del tirón.

—Así, así, ¡qué énfasis! —exclamó ella mientras por la ventana veíamos al resto cantando, bailando, bebiendo...

—No podía esperar más para hacerte mía.

—Ni yo para que me hicieras, ¡dame fuerte! ¡Fuerte!

Le di con todas mis ganas, con esas que me salían porque, queriendo o sin querer, yo mismo no paraba de compararme con su ex y quería quedar por encima en todo.

No sabía de qué palo iba ese tío, pero sí que se notaba mucho *feeling* entre ellos, y eso me mataba.

Olivia no se cortó ni un pelo en gritar, menos mal que el resto estaba abajo, porque si no, la banda sonora de la fiesta la habría puesto ella.

Seguí dándole sin tregua hasta que un delicioso orgasmo asomó a su boca en forma de gemido, uno que casi me empapa hasta la cintura y que me volvió loco, porque poseerla suponía para mí lo más de lo más.

Terminamos cayendo sobre la cama, y entonces ella tomó las riendas.

—Cabalga para mí, preciosa, solo para mí—le pedí y entonces noté cómo, sin que ella dijese nada, sus pezones se endurecieron y un nuevo orgasmo la asaltó casi de inmediato.

Había algo en lo nuestro que también la enganchaba, que le ponía muchísimo, y aunque ella no se abriera a una relación, terminaba siempre entre mis brazos.

Justo salíamos del dormitorio, con las huellas del sexo aún impresas en nuestras retinas y esas delatadoras mejillas ardientes, cuando nos sorprendió Lorenzo.

—Vaya, perdonad... Yo solo... Yo solo estaba buscando mi móvil—se disculpó.

—¿Camino de mi dormitorio? Un poco extraño, ¿no? —le contesté.

—Es que me lo guardó Olivia en su bolso, por eso...

—Anda, si es verdad... Pero mi bolso está abajo, cariño—le soltó ella.

Me cayó como un jarro de agua fría. Podría haber entrado de nuevo en el dormitorio y permitir que la hiciera mía hasta el amanecer y, no obstante, el cabreo no se me habría pasado.

—¿Le llamas cariño? ¿A Lorenzo? —le pregunté sintiéndome totalmente inseguro, ¿qué me pasaba? Yo no era así, ¡mierda!

—Pues claro, le llamo así porque le tengo mucho cariño, hemos vivido muchas cosas juntos, ¿sabes? —me contestó molesta.

—Ya, pero es que a mí no te refieres de ese modo...

—Ni lo haré como sigas así, de manera que tú verás. A mí no me gustan las personas controladoras, ¿tomas nota?

—No es control...

—Sí que lo es. Estamos muy bien, procura no cagarla, Enzo—me advirtió.

Terminamos cantando encima del escenario a lo Pimpinela, algo divertidísimo porque el juego consistía en cambiar de rol y yo tenía que hacer de mujer y ella de hombre en la mítica canción “Pega la vuelta”.

Se ve que se nos dio genial la actuación porque se trataba de un concurso y nosotros salimos victoriosos y eso que el italiano cantó un “*Felicità*” en su idioma que las dejó a todas suspirando.

Ese era el problema, que el tío tenía algo que les tiraba a todas... Más que algo, lo justo era decir que lo tenía todo. Y encima me atormentaba la idea de que, al conocerme, Olivia me habló de que los italianos le molaban muchísimo y eso, evidentemente, tenía mucho que ver con su ex. Me estaba volviendo loco con todo aquello que no podía ser sano.

Al final de la noche, él se la llevó en su impresionante cochazo, un deportivo de lujo al lado del que las chicas quisieron hacerse fotos que subir a sus redes porque parecía de otra galaxia. En comparación, mi descapotable parecía como un insecto insignificante, pero se trataba de mi insecto y yo haría que todo adquiriese significado.

—No es control...

—Sí que lo es. Estamos muy bien, procura no cagarla, Enzo—me advirtió.

Terminamos cantando encima del escenario a lo Pimpinela, algo divertidísimo porque el juego consistía en cambiar de rol y yo tenía que hacer de mujer y ella de hombre en la mítica canción “Pega la vuelta”.

Se ve que se nos dio genial la actuación porque se trataba de un concurso y nosotros salimos victoriosos y eso que el italiano cantó un “*Felicitá*” en su idioma que las dejó a todas suspirando.

Ese era el problema, que el tío tenía algo que les tiraba a todas... Más que algo, lo justo era decir que lo tenía todo. Y encima me atormentaba la idea de que, al conocerme, Olivia me habló de que los italianos le molaban muchísimo y eso, evidentemente, tenía mucho que ver con su ex. Me estaba volviendo loco con todo aquello que no podía ser sano.

Al final de la noche, él se la llevó en su impresionante cochazo, un deportivo de lujo al lado del que las chicas quisieron hacerse fotos que subir a sus redes porque parecía de otra galaxia. En comparación, mi descapotable parecía como un insecto insignificante, pero se trataba de mi insecto y yo haría que todo adquiriese significado.

Capítulo 15



Traté de pasar del tema de Lorenzo como de comer mierda y en los siguientes días me centré en ella.

Eso sí, Olivia seguía mostrándose escurridiza salvo para las cuestiones de cama, que esas iban a más entre nosotros. A lo largo de aquella semana hasta lo hicimos en su despacho porque le dio por ahí un día. Si su padre llega a descubrirnos, no cobramos la primera nómina ni Jaime ni yo.

Logré que almorzáramos un par de veces también en las inmediaciones de la oficina, almuerzos en los que yo traté de abrirle mi corazón y le conté todo lo que me sucedió con Julia, y lo mal que me sentí.

—Pero entonces, lo tienes todo muy reciente—me comentó ella—. Ay, qué mono...

—Lo siento, Olivia, pero hay una cosa que te quiero decir...

—No me digas que me has traído aquí para pedirme matrimonio porque corro que me las pelo, tú no me has visto correr todavía—se burló.

—No, no es eso... Es que me jode mucho el “Ay, qué mono” ese que me sueltas cada dos por tres, como si yo fuese tonto, ¿es así como me ves?

—Obvio que no, no tengo por norma acostarme con tontos, que luego vienen los problemas... Vienen incluso sin acostarte con ellos, cuanto y más...

—Pues haz el favor de no tratarme como tal porque me siento fatal...

—Me parece justo. A cambio yo también te pediría que no me presiones, porque yo no funciono bajo presión. Yo voy a mi ritmo y...

—Ya, y nada entre dos aguas, ¿es eso?

— ¿Lo dices por Lorenzo? Ya está bien, ¿no?

—Es que con él sí que entras y sales a cada momento de la oficina. Se te ve cómoda, te ríes...

— ¿Y qué? ¿Con quién me acuesto después?

— ¿Y si me estás usando como a un consolador con patas? Me he documentado y hay mujeres que lo hacen.

—Va, va, no me agrada esta conversación.

—Ese es otro problema: eres perfecta esquivando los temas que no te interesan.

— ¿De verdad necesitas más? Estamos bien como estamos, Enzo.

—No, dirás que estás bien tú, Olivia, yo sí que necesito más.

é

—Y yo me estoy agobiando... Me falta el aire. Stop, necesito un receso, me voy—me dijo mientras se levantaba y me dejaba allí con el almuerzo a medias.

Me sentía fatal, utilizado y ninguneado. Nunca me había pasado y hablarlo con Jaime no es que precisamente me ayudase demasiado.

—Si es la situación ideal, a mí justo me está pasando lo contrario. Yo la entiendo, ¿eh? Entiendo muy bien a Olivia—me comentaba esas noches, tras el gym, con unas tapas en la calle.

—Pues para mí es todo un misterio...

—Es que algunos os ponéis muy intensos y, a los que no lo somos tanto, nos agobiáis...

— ¿Y Martina es intensa? Pero si hasta te ha metido en la cama a una amiga suya, por el amor del cielo.

—Pues chico, más colgada se ha quedado. Me dice que esa es una prueba de fuego y que la hemos pasado con nota, de forma que ahora quiere dar pasitos adelante y que seamos novios, ¡novios!

—Sí, chállalo más que el señor de la mesa de la esquina, el del sonotone, es el único que no te ha escuchado, ¿y qué? Joder, qué mal repartido está el mundo, ¡yo también quiero ser novio de Olivia!

— ¿Quién chilla ahora? Mentecato, pero ¿tú por qué quieres tal cosa? Tienes el mejor sexo de tu vida, no te

supone ninguna complicación, pasas de problemas familiares, de suegras... Tú es que con Julia no tuviste ese problema porque su madre se largó, pero una suegra por derecho... Una de esas te enfila y te arruina la vida, te lo digo yo...

—Eso que has dicho obedece a un estereotipo y lo sabes... Yo aspiro a vivir un noviazgo normal, con todos sus avíos.

—Los avíos échaselos al puchero, hombre... La vida es muy corta para meterse en esos fandangos. Voy a tener que impartir un curso para tíos como tú.

—No, ni de coña. Yo tengo muy claras las cosas, pero que muy claras...

—Y yo también.

—No, tú no... Tú solo divagas para no comprometerme.

—Yo hablaba de que, ¿ves a esas dos mulatas? Pues también me haría un trío con ellas y no te dejaba a ninguna y de las dos... Ya que tú no quieres...

—Pues claro que no, yo solo me acuesto con Olivia.

— ¿Y ella? ¿Solo se acuesta contigo? ¿Podrías poner la mano en el fuego?

—Claro que solo se acuesta conmigo...

—Hay duda en esa respuesta y lo sabes... Si apenas te ha salido la voz del cuerpo al decirlo.

—Oye, el otro día fue por error, pero hoy estoy dispuesto a igualarte los dos ojos de un puñetazo, ¿eh?

—Yo solo digo que...

— ¿Qué? ¿Qué es lo que dices?

—Pues que corren rumores por la oficina... A los ojos de los demás tú no eres nadie y se empieza a comentar que esos dos se pasan el día muy juntitos, que podrían estar pensando en volver.

—No me quemes más la sangre, te lo pido por favor...

—Yo solo te traslado algo que ya es *vox populi*, el rumor está corriendo como la pólvora.

— ¿Y yo? ¿Cómo es que yo no me he enterado?

— ¿Hace falta que te lo digo? Eso suele ser así...

—Me estás calentando mucho, pero que mucho. Mira, para que te calles la boca, me acaba de llegar un mensaje de buenas noches de ella. La primera vez que lo hace, ¿ves como no se puede ser tan malpensado?

—Ya, ¿y cuántos maridos hacen regalos a sus esposas después de cornearlas? Eso puede tener muchas lecturas.

—Tú te has propuesto darme la noche, ¿no?

—Yo únicamente opino que ya te han hecho bastante daño. Te vi sufrir mucho con Julia y no quiero que mi amigo salga de Guatemala para meterse en Guatepeor...

—Yo solo te traslado algo que ya es *vox populi*, el rumor está corriendo como la pólvora.

—¿Y yo? ¿Cómo es que yo no me he enterado?

—¿Hace falta que te lo digo? Eso suele ser así...

—Me estás calentando mucho, pero que mucho. Mira, para que te calles la boca, me acaba de llegar un mensaje de buenas noches de ella. La primera vez que lo hace, ¿ves como no se puede ser tan malpensado?

—Ya, ¿y cuántos maridos hacen regalos a sus esposas después de cornearlas? Eso puede tener muchas lecturas.

—Tú te has propuesto darme la noche, ¿no?

—Yo únicamente opino que ya te han hecho bastante daño. Te vi sufrir mucho con Julia y no quiero que mi amigo salga de Guatemala para meterse en Guatepeor...

Capítulo 16



Apenas pude dormir con lo que me dijo esa noche Jaime. Si ni siquiera le hablé a la hora de acostarme de lo mucho que me cabreaban sus palabras.

Llegué al trabajo a la mañana siguiente con las antenas puestas y con la sensación de que podía ser que me hubieran colado un gol por toda la escuadra, que Olivia se estuviese riendo de mí.

No, yo no iba a hacer el panoli. Si estaba ocurriendo algo entre esos dos no me esperaba a que ella me diese la patada como si yo fuese su juguete roto, cuando ya se hartase de jugar conmigo, ¿o es que pretendía meterme en la cama con ellos como hizo su amiga con Carol? Solo de pensarlo, necesitaba un cubo para potar... Yo no la compartiría ni hecho pedazos. Olivia me gustaba demasiado e imaginármelo en otros brazos me mataba.

Pasé delante del despacho de Lorenzo y le escuché hablar por teléfono.

—Sí, Martina, un par de billetes para Roma este fin de semana. Ya lo sé, *bella*, ya sé que a Olivia le fascina Roma, yo mismo le enseñé todos sus rincones, asegúrate de sacarlos, ¿vale?

En ese preciso instante, de haber actuado en caliente, le habría partido la cara allí mismo... O lo habría intentado, porque el italiano estaba mazado y debía repartir hostias como panes, pero lo mismo me habría dado.

No obstante, traté de enfriarme. Si montaba allí en cólera o le soltaba a Olivia todo lo que pensaba, su padre me enviaría directo a cobrar el paro y no había derecho. No cuando mi único pecado fue comenzar a querer a su hija.

Entré en el despacho y Jaime estaba allí, mirándome con preocupación.

—No me equivoqué mucho, ¿no? ¿Están juntos?

—Lo están, tío. Y no te igualé el otro ojo de milagro...

—No quiero que te lo tomes tan a mal, ¿vale? Esto no es como lo de Julia, esto apenas había empezado. Todo ha sido por liarnos con estas chicas tan pronto, si nuestros planes eran otros...

—Es que la vida no sigue un guion preestablecido, ¿sabes?

—Ahora te tocará ser fuerte, ¿eh? Porque tendrás que seguir currando aquí con los dos. Mira, eso sí, la parte buena: ya no tendrás que temer que su padre se entere de lo vuestro.

—Pues sí, en eso tienes razón—carraspeé—. Si no hay mal que por bien no venga...

—Vaya, que no puedes estar más jodido, ¿no?

—Exacto...

a—Pues nada, este finde nos vamos de marcha tú y yo, ¡y que tiemble Marbella!

—Sí, sí, conmigo tiene mucho que temblar... Nada más que lo veas.

a—Oye, no te me vengas abajo, que tú vales mucho, ¿eh? Si ellas no lo saben valorar es su problema, ¡tú para arriba! Ya verás, a partir de ahora nos lo vamos a comer todo...

—Sí, sí, tiene pinta.

La mañana fue movidita de trabajo y lo agradecí porque necesitaba distraerme. El trabajo me evadía, tenía la suerte de currar en lo que era mi pasión y Jaime también se lo pasaba bien, por lo que formábamos un buen equipo, por mucho que él apostase a que un día sería rico y no volvería a tener que madrugar para trabajar.

Al mediodía, la parejita feliz charlaba en la recepción cuando intervine.

—Perdona, Lorenzo, ¿te la puedo robar un momentito? No me llevará más de dos minutos—le pedí pensando en que la despacharía enseguida, puesto que no pensaba alargar una conversación que no me llevaría a nada.

—Claro que sí, toda tuya. Te veo fuera, *bella*...

—Sí, sí, acepto tu invitación a almorzar. Tenemos que concretar los detalles—le hizo ver ella.

No se cortaban ni un pelo, ese era mi único pensamiento. Tampoco quería quedar como un idiota mostrándome muy despechado, por más que lo estuviese. Ya sabía yo muy bien que los detalles serían los de esa escapada romántica que harían a Roma.

Me la llevé aparte y en la cara se me debía reflejar lo mucho que guardaba en mi interior.

— ¿Estás bien, Enzo? Te noto raro...

—Sí, estupendamente, Olivia. Es solo que quería comentarte...

—Espera antes de que sigas, ¿no me irás a proponer un plan para el fin de semana?

—No, no, tranquila porque eso no es—le respondí pensando en que vaya cinismo el suyo.

—Ah, genial, ya me quedo más tranquila, porque yo a ti sí...

— ¿Cómo?

—Chico, que te hablo de un plan de fin de semana, no de que nos montemos en un cohete espacial, ¿no es eso lo que querías? ¿Que hiciéramos cosas juntos?

—Pero es que no lo entiendo muy bien.

— ¿Seguro que tú eres especialista en ciberseguridad? Pues menos mal... No hay mucho que entender, ¡nos vamos a Roma! ¿No es estupendo? Le encargué a Lorenzo que nos sacase los billetes y ya los tiene... El viernes, a la salida del curro, nos vamos directos al aeropuerto y en un periquete estamos allí.

Me dejó con la palabra en la boca porque Lorenzo la estaba esperando, ¿de qué iba todo aquello? ¿En qué momento me había perdido algo?

Corrí como un loco para buscar a Jaime y él tampoco daba crédito.

— ¡Qué potra! Te has ligado a la hija del jefe, porque eso ya es un ligue en toda regla...

—Eso parece, aunque lo de que sea su hija lo complica todo un pelín... ¡Qué demonios! ¡Tengo que estar dando saltos de alegría! ¡Olivia quiere que nos vayamos a Roma!

— Sí y ya te lo dije yo, que no hicieras caso de las habladurías...

— ¿Serás puñetero? Menudo susto me metiste en el cuerpo.

—Los rumores no me los inventé yo, ¿eh? Que conste que circulaban por ahí. La gente, que es muy bocachancla.

No como yo...

—Eso mismo. Oye, ¿tú vas a estar bien sin mí?

—¿Con la casa para mí solo todo el fin de semana haciendo lo que me venga en gana? Pues tío, lo cierto es que no podré soportarlo. Italianos a nosotros... Estás dejando el pabellón bien alto, ¿eh? Pero bien alto. Procura que no baje en ningún momento.

—Y tú no mientes ruina, no me vayas a sugestionar, condenado...

No como yo...

—Eso mismo. Oye, ¿tú vas a estar bien sin mí?

—¿Con la casa para mí solo todo el fin de semana haciendo lo que me venga en gana? Pues tío, lo cierto es que no podré soportarlo. Italianos a nosotros... Estás dejando el pabellón bien alto, ¿eh? Pero bien alto. Procura que no baje en ningún momento.

—Y tú no mientes ruina, no me vayas a sugestionar, condenado...

Capítulo 17



Tanto ella como yo conocíamos Roma muy bien. Olivia porque fue muchas veces con Lorenzo y yo porque cursé allí mi Erasmus, pero visitarlo con ella suponía para mí la más excitante de las aventuras.

—¿Dónde nos alojaremos? —le pregunté una vez instalado ya en el asiento del avión, puesto que ella no quiso darme ningún detalle antes.

—Lo vas a flipar: en un palacete a las afueras de la ciudad propiedad de la familia de Lorenzo. En este momento no está ocupado y él nos lo ha dejado.

—O sea, que allí no habrá nadie...

—El servicio, que lo tienen permanente...

—Joder, vaya familia que debe ser la suya.

—Es riquísima, sí...

A Olivia eso no parecía producirle ni frío ni calor. Ella era feliz con lo suyo y resultaba evidente que en su día no se llegó a casar con él, con lo cual tanto no le atraería su fortuna.

Llegamos a Roma y alquilamos un coche en el aeropuerto. La idea era movernos con libertad y a nuestro antojo.

—Conduzco yo, que me encanta—me dijo corriendo hacia él. Parecía muy feliz y desinhibida allí, como si no fuese la misma, como si algo estuviese cambiando en ella.

Tras el giro que habían dado los acontecimientos, decidí que no la presionaría en absoluto, que todo seguía su curso y que ella me estaba sorprendiendo, de modo que sería cierto eso de que yo no debía meterme en camisa de once varas, sino dejarla hacer.

Condujo súper relajada mientras charlábamos. Ella me contaba sus sensaciones respecto a aquella ciudad, lo mucho que le gustaba visitarla, lo libre que se sentía viajando.

Resultaba obvio que Olivia no era una mujer convencional ni falta que le hacía. A mí me gustaba todo de ella: la pasión con la que narraba las cosas, su fina ironía y esa risilla que comenzaba sutil y, a menudo, terminaba en carcajadas.

Mientras la iba oyendo, pensaba en que enamorarse de una persona consiste en poder enumerar gran cantidad de detalles de ella que para el resto pasan desapercibidos. De Olivia, yo ya podía hacer un amplio listado, si bien contaba con una parte que se quedaba para sí, amurallada y fuera de mi alcance. A esa parte deseaba yo acceder aunque, si era inteligente, debía entender que la clave estaba en el tiempo.

El palacete era para no solo para perder el norte, sino la noción de la realidad. Me resultaba increíble que fuésemos a pasar unos días allí, lejos de todo y de todos, compartiendo espacio y tiempo. Y lo más bonito de todo era que la idea salió de ella.

Ya estábamos en el mes de junio y el verano al entrar, por lo que la temperatura resultó ideal y esa noche, tras merendar en la ciudad dando un paseo, volvimos al palacete para disfrutar de una romántica cena que nos prepararon a la luz de las velas.

Miré la mesa y apenas podía dar crédito, ¿ella mandó que pusieran todo aquello? Los candelabros, las flores... Resultaba perfecto y de una sensibilidad exquisita.

—A mí no me mires así que yo esto no lo he encargado—me dijo cuando bajamos a cenar y nos quedamos ojipláticos.

En ese instante, nos llegó un mensaje de Lorenzo en el que nos aclaraba que fue idea suya y que esperaba que lo disfrutásemos mucho.

—Me quedo sin palabras—le dije al cogerle la mano cuando nos sentamos.

—Menos mal que no tenemos que dar un discurso, sino que cenar, porque sería una auténtica pena que todo esto se quedara aquí. Mira, es mi pasta favorita, con salsa de trufa... Este hombre está en todo.

Quisiera haberle preguntado, haber averiguado en ese momento qué llevaba a un hombre como aquel a agasajar a otro en su propia casa para que terminara metiéndose en su cama con la que un día fue su prometida. No obstante, fiel a lo que me prometí, me limité a disfrutar de aquello.

La temperatura, como digo, acompañaba muchísimo y, entre juegos, tras los postres, la noche la terminamos inmersos en aquella impresionante piscina infinita con unas vistas impresionantes, ya que el palacete se

encontraba en una zona elevada.

—Mira cuántas estrellas—decía ella mientras, totalmente desnuda, se dejaba abrazar por mí en la piscina. Habíamos indicado al servicio que se retirase y nada mejor que vivir en intimidad aquellos momentos.

—Y ni una de ellas brilla tanto como tus ojos. No te imaginas cuánto me gustan—le decía yo—. Oye, no se te ocurra soltarme un “Ay, ¡qué mono!”, que te lo estoy viendo en la cara, ¿eh?

Estábamos de muy buen humor y, tan abrazados, no pudimos ni quisimos resistir la tentación de comenzar a besarnos a saco en el agua, tras lo cual nuestras manos comenzaron a recorrer ambos cuerpos y acabamos entrelazados.

Hacer el amor con Olivia, allí, bajo un manto de estrellas, me pareció el mejor regalo que el universo me pudiese hacer y el mejor colofón para dejar atrás el episodio que viví con Julia, ese que daba por definitivamente cerrado.

Nunca me habría imaginado que, tras aquello, podría volver a enamorarme tan pronto, pero la vida es así y el huracán Olivia entró en mi vida con increíble fuerza, arrasándolo todo a su paso.

Tras hacer el amor en la piscina, terminamos desnudos nuevamente sobre la cama, con una larga noche por delante y con increíbles ganas de darnos el uno al otro. Yo miraba sus ojos y solo podía perderme en ellos, pero luego me daba cuenta de que también me perdía en su cuello, en sus senos, en su cintura, y al sur de esta.

encontraba en una zona elevada.

—Mira cuántas estrellas—decía ella mientras, totalmente desnuda, se dejaba abrazar por mí en la piscina. Habíamos indicado al servicio que se retirase y nada mejor que vivir en intimidad aquellos momentos.

—Y ni una de ellas brilla tanto como tus ojos. No te imaginas cuánto me gustan—le decía yo—. Oye, no se te ocurra soltarme un “Ay, ¡qué mono!”, que te lo estoy viendo en la cara, ¿eh?

Estábamos de muy buen humor y, tan abrazados, no pudimos ni quisimos resistir la tentación de comenzar a besarnos a saco en el agua, tras lo cual nuestras manos comenzaron a recorrer ambos cuerpos y acabamos entrelazados.

Hacer el amor con Olivia, allí, bajo un manto de estrellas, me pareció el mejor regalo que el universo me pudiese hacer y el mejor colofón para dejar atrás el episodio que viví con Julia, ese que daba por definitivamente cerrado.

Nunca me habría imaginado que, tras aquello, podría volver a enamorarme tan pronto, pero la vida es así y el huracán Olivia entró en mi vida con increíble fuerza, arrasándolo todo a su paso.

Tras hacer el amor en la piscina, terminamos desnudos nuevamente sobre la cama, con una larga noche por delante y con increíbles ganas de darnos el uno al otro. Yo miraba sus ojos y solo podía perderme en ellos, pero luego me daba cuenta de que también me perdía en su cuello, en sus senos, en su cintura, y al sur de esta.

Capítulo 18



Como la Ciudad Eterna ya la conocíamos muy bien, optamos por pasar el sábado en sus alrededores.

Ya habíamos paseado por sus calles el día anterior y también lo haríamos el siguiente hasta por la tarde, cuando nos trasladásemos al aeropuerto, pero el sábado decidimos salir de la urbe para internarnos en lo que muchos consideran un lugar de cuento de hadas y que no es otro que la Villa Gregoriana de Tivoli.

Ninguno de los dos lo conocíamos y leímos maravillas de un lugar hasta donde llegamos cantando por Romina y Al Bano, que eran del gusto de ambos, por mucho que no perteneciéramos a su generación. Tampoco pertenecíamos a la de Eros Ramazzotti y los dos nos declarábamos fans suyos.

A pocos kilómetros de Roma, el sitio era un verdadero remanso de paz cuya joya era la conocida como Cascada Grande, que sirvió de inspiración para numerosos artistas, la segunda más alta de Italia.

—Dicen que este es el parque más romántico del país—le decía yo mientras la cogía por la cintura.

Estaba desconocida, en Marbella nunca fuimos así. Es más... En Marbella no fuimos a ninguna parte, las cosas como son.

—Ya lo veo, ya... No se te ocurra darme un susto y sacarme aquí un anillo, ¿eh? —bromeó.

—No, lo que trataré de sacarte será una sonrisa... Una y un millón justo como esas. Por favor, mírame—le pedí mientras le tomaba una preciosa fotografía que realzaba su belleza natural, esa que la llevaba a parecer una de esas hadas que la leyenda reza que moran por allí.

De aquel lugar también se decía que era un auténtico “viaje en el tiempo” y el más espectacular de todo el Lacio. Se trataba, eso sí, de dar una buena caminata, para lo cual llevábamos calzado cómodo, si bien concluimos que mereció muchísimo la pena cuando por fin nos encontramos con la imponente cascada, la cual se precipita a lo largo de 120 metros en un entorno poco menos que mágico entre vegetación más que exuberante, cuevas, edificio antiguos, ruinas y el sonido del agua cayendo como hilo musical de una excursión que nos dejó totalmente ojipláticos.

No sé cómo surgió, supongo que porque el bosque nos dio cobijo, pero terminamos haciendo el amor a la sombra de los árboles en una imagen que ejerció un poder magnético sobre mi mente, grabándome en la memoria su escultural cuerpo mientras los rayos solares la alumbraban y la hacían aún más bonita a mis ojos.

Nos quedamos en los alrededores a pasar el día. Estábamos a poca distancia de Roma y nos dedicamos a pasear con el coche, parando en cuantos pueblecitos nos llamaban la atención.

Una ruta así yo no la hice cuando vivía allí de estudiante, entre otras cosas porque no tenía coche ni dinero para alquilarlo, y tampoco ella parecía haberla realizado.

Descubrir cosas nuevas a su lado, tanto si eran grandiosas como insignificantes, para mí representaba una aventura llena de pasión, una de esas aventuras imborrables que permanecería siempre conmigo.

Olivia parecía amplificar mis sentidos. Así me sentía con aquella chica que le ponía una sonrisa a todo y que se mostraba cada vez más encantada a mi lado.

A lo largo del día, me estuvo buscando en diversas ocasiones con la intención de ahuecarse en mi torso. La notaba mucho más cercana y dicharachera, con más intención de comportarse como era ella, sin máscaras, sin estrategias y sin nada que sonara a artificio.

De las muchas paradas que hicimos, disfrutamos cantidad a media tarde en un pueblecito apacible en el que tomamos café en su plaza, apenas poblada por unos cuantos vecinos, y en la que vivimos la esencia de una Italia más profunda que esa que nos ofrecía la bulliciosa urbe.

No volvimos al palacete hasta por la noche, después de terminar por recorrer más kilómetros y parajes, así como pueblos, de los inicialmente previstos.

Nos fuimos directos a darnos una ducha que compartimos. No tuve que pedirle permiso, sus ojos me lo dieron. Ella estaba dispuesta cada vez a más y yo... Yo estaba flotando en el aire, viviendo con intensidad cada segundo que pasaba allí con Olivia, entendiendo que el tiempo era oro y que esa escapada no duraría para siempre.

s

Esa noche, de forma imprevista, cayó una ligera lluvia que nos hizo decidarnos a tomar la cena en la cama. Enviamos al personal a descansar y yo mismo me ocupé de prepararle algo ligero, pero exquisito.

—Es impresionante, lo es—me decía mientras lo degustaba sobre la bandeja, un rato después—, ¿tú no comes?

s

—Ahora, ahora, estoy haciendo hueco porque quiero comerte a ti...

—Eso está muy bien, pero tienes que probar esto, ¿te va a sorprender! —me decía sobre aquellos originales sándwiches que preparé gracias a una fusión de sabores que improvisé.

— ¿Cómo me van a sorprender si los he hecho yo?

—Anda, ¡pues también es verdad! Están de vicio, Enzo, de vicio.

—De vicio estás tú, Olivia...

Y ese vicio se hizo patente de nuevo durante horas aquella noche y en esa cama en la que dimos rienda suelta a la pasión. A ella le encantaba seguir sorprendiéndome en los juegos del amor y yo, que ya la iba conociendo, también ponía toda la carne en el asador para darle justo lo que pasaba por su ardiente cabeza en cada momento.

El sexo entre ambos comenzó a ser explosivo... Lo había sido desde el principio, si bien allí pareció fraguarse una alianza que nos llevó a arder a cada minuto que pasábamos piel con piel.

Después nos quedamos dormidos y, esa noche sí, la abracé. Con ella había que ir despacito, pero sucumbí a la tentación y acogió mi abrazo de buen grado. Tras él, unos cuantos besos recorrieron su cuello mientras mi nariz atesoraba su perfume.

No me refiero a ninguno artificial, me refiero a ese perfume tan suyo que me resultaba cien por cien embriagador. Con sus notas olfativas me dormí, con ellas adrecé mis sueños y de la misma forma me desperté, porque fui consciente de que no la solté en ningún momento en toda la noche. Eso tenía un significado y no solo yo lo conocía.

—Eso está muy bien, pero tienes que probar esto, ¡te va a sorprender! —me decía sobre aquellos originales sándwiches que preparé gracias a una fusión de sabores que improvisé.

—¿Cómo me van a sorprender si los he hecho yo?

—Anda, ¡pues también es verdad! Están de vicio, Enzo, de vicio.

—De vicio estás tú, Olivia...

Y ese vicio se hizo patente de nuevo durante horas aquella noche y en esa cama en la que dimos rienda suelta a la pasión. A ella le encantaba seguir sorprendiéndome en los juegos del amor y yo, que ya la iba conociendo, también ponía toda la carne en el asador para darle justo lo que pasaba por su ardiente cabeza en cada momento.

El sexo entre ambos comenzó a ser explosivo... Lo había sido desde el principio, si bien allí pareció fraguarse una alianza que nos llevó a arder a cada minuto que pasábamos piel con piel.

Después nos quedamos dormidos y, esa noche sí, la abracé. Con ella había que ir despacito, pero sucumbí a la tentación y acogió mi abrazo de buen grado. Tras él, unos cuantos besos recorrieron su cuello mientras mi nariz atesoraba su perfume.

No me refiero a ninguno artificial, me refiero a ese perfume tan suyo que me resultaba cien por cien embriagador. Con sus notas olfativas me dormí, con ellas adreecé mis sueños y de la misma forma me desperté, porque fui consciente de que no la solté en ningún momento en toda la noche. Eso tenía un significado y no solo yo lo conocía.

Capítulo 19



Último día en Roma. Recogimos nuestras pertenencias y las metimos en el coche. Pasaríamos el día en la ciudad y ya no volveríamos al palacete.

—Espera, necesito entrar en el baño. Una urgencia de chicas, ya me entiendes—me comentó ella, quien se había quejado de dolor de vientre durante el desayuno.

Llamé a Jaime porque me dijo que necesitaría asearse de nuevo.

—Hombre, el italiano. Mira tú por dónde no vas a ser ni sucedáneo ni nada, sino italiano puro...

—Qué exagerado eres, por tres días de nada. Además, que ya nos largamos de aquí antes de que esto se me suba a la cabeza.

—El palacete, ¿no? Flipé cuando lo vi en tus fotos, ¿cuánta pasta tiene ese tío?

—Para dar y regalar, no te lo puedes ni figurar. Oye, pareces de capa caída, ¿qué te pasa?

—Que a las tías no hay quien las entienda. Martina está nuevamente cabreada conmigo.

—Vaya novedad, ¿y eso?

—Pues un lío total... Verás, yo el viernes por la noche me lo monté con otra.

—Bonita manera de reconciliarte con ella, ¿y todavía te extraña que esté cabreada contigo?

—No, si ella no tiene ni idea de eso... El problema es que no sufrí un gatillazo de milagro, porque se me metió su cabellera pelirroja en la cabeza y no me la podía sacar, tío... Vaya, que miraba a la otra, que era rubia, y...

—Y se le teñía el pelo solo, ¿no?

—Sí, sí, que la pelirroja me debe haber hecho brujería, ¿tú crees que eso es posible?

—Cómo va a ser posible, lechuguino...

—Vale, vale, pues no lo será, pero se me ha metido en el coco y ni disfruté ni nada. De manera que, de nuestra casa, me fui para la de Mattina.

—Te darías una duchita antes, ¿no?

/

—Que sí, joder... Si te parece, me voy con el perfume de la otra encima.

— ¿Y qué? Habría salido...

—Pues no, eso pensaba yo, que me tocaría esperarla, pero estaba allí y no te imaginas qué guapa, con su pelo revuelto... Joder, que me la hubiera tirado en la misma puerta.

—Es que cuando te pones romántico, te pones...

—Sí, ya me conoces... Pero que no estuvo receptiva, vaya... Y eso que yo le solté que estaba dispuesto a quedarme a dormir y a ser su novio.

—Ya, como una concesión divina. Y claro, te mandó a freír espárragos.

—Eso mismo, sin saber que yo en la cocina no me meto ni loco, ¿tú qué piensas? ¿A que no hay quien las entienda?

—Pues pienso que cree que ya lo has hecho forzado, que no te nace...

—Si el caso es que me iba naciendo, pero como no me supe explicar...

—Tío, un poquito de sensibilidad. Tú hasta ahora no has querido nada, pues te lo tendrás que currar poco a poco.

—Es que ella da buenos volantazos, ¿eh? Que entre hacer un trío y la cucharita hay términos medios que no parece conocer.

—Pues tendrás que adaptarte a las circunstancias, ¿no es eso lo que me decías a mí?

Todo estaba girando. En ese momento eran ellos los que parecían en crisis y nosotros los que disfrutábamos de una especie de luna de miel adelantada.

Ese día no almorzamos pasta, sino pescado y marisco en un precioso restaurante, uno de los más bonitos y lujosos de Roma, muy cerca de la Fontana de Trevi.

Lo curioso fue que la cuenta, que quitaba el hipo, corría a cargo de Lorenzo, quien también nos hizo la reserva.

—¿Es un amor o no es un amor? —me decía ella.

—Lo es, mira que si termino hasta yo enamorándome de él...

—No lo veo mucho, ¿eh? ¿Te has sentido alguna vez atraído por un hombre? —se interesó.

—Que yo sepa no, y mira que me he corrido mis juergas hace años con Jaime, ¿eh? Que terminábamos ciegos, pero siempre hubo un respeto.

—Me río mucho con tu forma de decir las cosas, de verdad, es que me lo paso muy bien contigo—me confesó mientras daba un trago del carísimo vino que nos sirvieron.

—Pues ahora que lo mencionas, yo también quería decirte que esta escapada ha sido para mí un regalo y que...

—Lo sé, lo sé—suspiró.

—Vale, que poco a poco... Se ha quedado buen día, ¿verdad?

—¿Ves? Ya empiezas a decir tonterías y me haces reír.

—Una última pregunta, ¿las tonterías solo las dicen los tontos?

—Qué bobo eres—rió a carcajadas.

—Pues nada, ya me has contestado.

Disfrutamos de Roma hasta el último minuto, paseando, tomando helado y haciéndonos fotos... Al llegar la hora, volvimos al aeropuerto y allí entregamos el coche.

Atrás quedaban unos días inolvidables, unos días que nos sirvieron para conocernos mejor y para acercarnos,

porque si algo me quedaba claro de todo aquello era que ya la sentía más cercana a mí.

Olivia se quedó dormida en el avión, sobre mi hombro, mientras yo acariciaba los mechones de su cabello que caían sobre su rostro. Nunca había visto una cara más bonita, ni dormida ni despierta, y tomé conciencia de que salí medio enamorado hacia Roma, volvía enamorado por completo.

Me costó dejarla en su casa esa noche. No lo hice hasta que no besé sus labios varias veces y hasta que no le saqué también varias de esas risas que me daba la sensación que algo tenían que ver con esa felicidad que aparecía en su rostro.

Ya en la mía, me permití el lujo de darle las buenas noches con un mensaje que no vaciló en contestar. No me lo decía, pero yo tuve la certeza de que, lo mismo que me sucedía a mí, también me echaba un poquito de menos.

Quien vagaba como un alma en pena por la casa era Jaime, quien terminó discutiendo con Martina, que pasaba de cogerle el teléfono.

Yo trataba de aconsejarle que tuviese paciencia, aunque sabía que ese no era el fuerte de mi amigo.

—Tú dirás que no, pero ha utilizado alguna pócima o algo porque resulta que a mí esto no me ha pasado nunca y con esta chica me siento fatal, va muy en serio.

—Enamorarse, se llama enamorarse y no tiene tanto que ver con un hechizo como con que tienes menos cerebro que un mendrugo de pan y creías que tú te librarías.

porque si algo me quedaba claro de todo aquello era que ya la sentía más cercana a mí.

Olivia se quedó dormida en el avión, sobre mi hombro, mientras yo acariciaba los mechones de su cabello que caían sobre su rostro. Nunca había visto una cara más bonita, ni dormida ni despierta, y tomé conciencia de que si salí medio enamorado hacia Roma, volvía enamorado por completo.

Me costó dejarla en su casa esa noche. No lo hice hasta que no besé sus labios varias veces y hasta que no le saqué también varias de esas risas que me daba la sensación que algo tenían que ver con esa felicidad que aparecía en su rostro.

Ya en la mía, me permití el lujo de darle las buenas noches con un mensaje que no vaciló en contestar. No me lo decía, pero yo tuve la certeza de que, lo mismo que me sucedía a mí, también me echaba un poquito de menos.

Quien vagaba como un alma en pena por la casa era Jaime, quien terminó discutiendo con Martina, que pasaba de cogerle el teléfono.

Yo trataba de aconsejarle que tuviese paciencia, aunque sabía que ese no era el fuerte de mi amigo.

—Tú dirás que no, pero ha utilizado alguna pócima o algo porque resulta que a mí esto no me ha pasado nunca y con esta chica me siento fatal, va muy en serio.

—Enamorarse, se llama enamorarse y no tiene tanto que ver con un hechizo como con que tienes menos cerebro que un mendrugo de pan y creías que tú te librarías.

Capítulo 20



Si no reconozco que llegué a la oficina con algo de miedo, miento como un bellaco.

A lo largo de la noche, me asalto el temor de que Olivia pudiera cambiar radicalmente de actitud a nuestro regreso a Marbella, y lo discutía con Jaime por el camino.

—No quiero ser cenizo, ¿eh? Pero cabe la posibilidad de que te pase por la sencilla razón de que...

—Ya, de que a las mujeres no hay quien las entienda. Tío, se me está metiendo la jodida frasecita en la cabeza y me está taladrando. Háztelo mirar, no son tan complicadas, solo hay que mostrar un poquito de empatía.

—Qué fácil es hablar cuando todo te va de puta madre, ¿no? Te ligas a la pija, te lleva a Roma y encima os pone la casa de lujo su ex. Si eso no es potra, que venga Dios y lo vea.

—La verdad es que, por una vez, los astros parecen haberse aliado conmigo, no te digo que no.

—Mírala, ahí la tienes. Y menuda sonrisa que te está dedicando, ni que acabara de tener un orgasmo, manda huevos...

—Jaime, tío, que parece que te molesta. Y esa boca, que es mi novia.

—Eso espero, campeón, eso espero—me dijo dándome una palmadita en el hombro antes de escabullirse.

Olivia se me quedó esperando. Ese día llevaba un precioso vestido, muy elegante, como era su costumbre. Le hacía una cinturita de avispa que era para chochear y, por si eso fuera poco, le marcaba el pecho y...

— ¡Hola! —exclamó muy contenta cuando me bajé del coche.

— ¡Hola, amor! —me aventuré a decirle. Era la prueba de fuego, si no me enviaba a hacer puñetas en ese momento, era que todo iba bien.

—Pues aquí estamos, con pereza tras la escapada—me contestó y casi hago la “V” de la victoria con los dedos.

—¿Has dormido bien?

—Poco, y podría haber dormido mejor.

—Eso es porque me has echado de menos...

—¿Quieres que te regale el oído o me lo parece a mí? Porque lo de “amor” lo he dejado pasar, pero ya te estás colando—me advirtió sonriente.

—Tenía que intentarlo. Y que conste que yo sí te he echado de menos.

Entramos y Martina andaba con la cara hasta los pies.

—Guapi, luego nos tomamos algo y me cuentas, ¿ok? —le ofreció ella.

—No sé si tengo ganas de vomitar mis miserias mientras tú me cuentas tus andanzas por Roma.

—Pues yo no te cuento nada y hablas tú, que eres quien necesita desahogarse.

—Ok. Por cierto—se dirigió a mí—, ya le he dicho al merluzo de tu amigo que el jefe os espera en su despacho.

—Joder, ¿se habrá enterado de lo nuestro? —le pregunté a Olivia.

—Claro y, por eso, en vez de llamarme también a mí, llama a Jaime, por si os tenéis que batir en duelo, para que haga de padrino. Igual llama también a Lorenzo, que los padrinos han de ser dos, ¿qué quieres? Me gustan las series de época, me las empapo todas.

Jaime ya me esperaba cuando llegué a la puerta del despacho.

—Tío, menos mal que apareces, que al jefe no le podemos hacer esperar, ¿sabes si la hemos cagado en algo?

—Que yo sepa, no... No hay indicios de que sepa nada.

—Pues mejor, que no está el horno para bollos. Yo te digo una cosa, para mí que tendré que darle la razón y que donde se tiene la olla no hay que meter la...

—Ya sé lo que no hay que meter, mejor no me lo recuerdes.

—Pues eso, que si el tío tiene razón, pues la tiene.

Picamos su puerta y nos autorizó a entrar. No, por suerte no nos recibió con cara de Pitbull, sino todo lo contrario.

— ¡¡Os habéis vuelto a superar, chicos!! Otro ataque cogido a tiempo, nos están lloviendo los clientes. Estoy más que satisfecho con vosotros. Vais a hacer carrera en esta empresa. Seguid así y ya lo veréis. Me gustaría invitaros a cenar a mi casa, ¿qué os parecería?

Yo me atraganté, directamente, porque era lógico que también invitase a su hija y ya eso como que complicaba un poquitín más las cosas. Disimular delante de él y de su mujer era algo que equivalía ya poco menos que a mentir.

—Será un honor, Don Pablo—le indicó el otro pelotero.

—Sinceramente, lo es, pero yo no creo que sea necesario, la verdad. El hogar de uno es un sitio muy familiar, un reducto de intimidad, un...—traté de zafarme.

—Un lugar de reunión para los amigos. Viene a cenar un importante inversor y me encantaría que le hagáis un proyecto a su medida. Aparte de eso, también es amigo y siempre le recibo en mi casa, ¿algún problema? Os caería un segundo plus el mes siguiente, ¿me explico?

—Se explica como un libro abierto, Don Pablo, como un libro abierto...

—También vendrá a cenar Lorenzo. Él es como de la familia y, si os digo un secreto, no sé por qué no llegó a serlo, nunca entendí la razón. Mi hija perdió una oportunidad con él, quién sabe si ahora, que le tenemos aquí, las cosas podrían cambiar. Ese chaval es un increíble fichaje y el hombre que todo suegro querría tener como yerno—divagó en alto.

Entre unas cosas y otras, salí echando fuego por la boca de su despacho.

—Pues parece que se lleva a partir un piñón con el tal Lorenzo, menos mal que le tienes de tu parte que, si no, estarías vendido.

—Calla que me duele ya mucho la cabeza y aún no hemos empezado a trabajar. Joder con el lunes.

—Eso es porque ya te has acostumbrado a la buena vida...

Capítulo 21



Lo hablé con Olivia al mediodía, todo, y ella se reía.

—Para ti es muy fácil. Claro, como resulta que a su hijita del alma no le dirá que pique billete, pues tienes la posibilidad de reírte hasta que se te vea la campanilla. Pero a mí, a mí esto me puede...

—Va, va, que has llegado muy relajadito tú a Marbella para que mi padre te ponga como una moto, ¿eh? Igual tenemos que quedar esta noche en mi casa para que yo te tranquilice un poco.

—Fíjate que hoy no sé si es sexo lo que necesito.

—¿Y qué vas a necesitar entonces? Oye, no te me vengas abajo, ¿eh? Que yo en la cama te quiero como un toro.

—Lo malo es que, siguiendo con el símil taurino, tu padre me puede dar la puntilla.

—Tranquilo, amor, que todo va a salir bien. Yo es que ahora he quedado con Martina, que anda que tu amigo la tiene contenta...

—Ya, ya... Pues eso, que lo paséis bien.

—Venga, *“hay que ser torero, poner el alma en el ruedo...”*—me canturreó.

Yo no servía para aparentar tanto. No cuando tendría que ser en su propia casa, cenar en la del jefe, ¿en qué clase de hombre me estaba convirtiendo? ¿Y en qué quedaría todo eso?

Saberlo no podía saberlo, aunque sí opté por ir esa tarde al gym y emprenderla a golpes con el saco. Jaime me lo aguantaba y en uno de mis puñetazos estuvo a punto de seguir volando.

—Oye, dale un poco más fuerte ya si te parece. Menos mal que no me arreaste uno así en el ojo o me vería con uno de cristal. Menudo derecho, ni el de Ilia Topuria, vaya. ¿Has quedado con ella? Igual echar un buen polvo

te relaja y en eso no te puedo ayudar yo.

—Pues no, porque lo habíamos hablado, pero me ha escrito un mensajito diciéndome que al final cena con Lorenzo.

—Ya, y te han asaltado los celos. Aunque yo pienso que no deberías desvariar. El tío te ha dejado entrar con ella hasta en su cama, allí en el palacete. Muy interesado no debe estar, ¿no?

—Pero ahora quien parece tener todo el interés en liarlos es Pablo y Dios sabe qué hilos estará moviendo ese hombre, que debe estar acostumbrado a lograr todo aquello en lo que se empecina.

—Un poquillo todopoderoso sí que se le ve, pero bueno... Supongo que si esto continua, vas a tener que echarle valor al asunto y...

—Si ya lo sé, pero todo a su debido tiempo.

—Ya, que tú necesitas ver que esto se afiance, ¿no?

—Pues sí, porque en el fondo tampoco sé de qué palo va el tal Lorenzo. Míralo, esta noche cenando con ella...

—Yo no quiero que la sangre se te haga agua, pero un poco tocapelotas sí que es ese ex, por mucho que luego os encargue cenitas románticas. A mí me tocaría la moral....

—¿A que sí? Yo no estoy paranoico. Yo sé muy bien lo que me digo. Ha sido llegar y parece que está mareando la perdiz. Si hasta he visto que le ha llegado un ramo de flores a su despacho.

—¿A él? Pues sí que es raro, ¿qué clase de tío se encarga flores a sí mismo?

—A él no, merluzo, a ella....

—Joder, vaya rechazazo otra vez. Tú no te preocupes, ¿eh? Que si finalmente Pablo Rivas te despide, tú tienes futuro compitiendo en la UFC, joder, qué plan.

—Es que acumulo mucha rabia. A mí no se me ha ocurrido y a él... ¡menudo ramo de flores! Igual se lo está pensando mejor.

—Pues igual, pero tú piénsatelo mejor también a la hora de dar puñetazos, que hoy estás desarrollando una derecha letal.

Me sentía muy inseguro de nuevo con la situación, esa era la realidad. Toda la seguridad que adquirí en Roma, la perdí al llegar y de golpe. Y nunca mejor dicho lo de “de golpe” porque fue como si me diese contra un muro de realidad.

Para colmo de mis males, a la hora de acostarme le envié un nuevo mensajito de buenas noches a Olivia y ni lo vio. Esa noche estaba entretenida y pasó de mí. Sí, sé que puede sonar paranoico, pero yo tenía esa impresión.

No podía dormir y menos cuando pensaba en que habría de acudir de manera inminente a esa cena en la que el jefe me estaba poniendo en la punta de la picota. Yo estaba loco por Olivia pero ¿y si ella solo jugaba conmigo y finalmente me veía en la calle? Habría sido la cagada del siglo.

El éxito no me cayó del cielo. Yo había trabajado muy duro para lograrlo y de pronto veía que todo podía ser en vano. Trataba de dormir y por más que contaba una ovejita, un rebaño y diez rebaños, no había manera.

Una y otra vez, miraba el móvil para ver si entraba su mensajito de respuesta y no había forma. Olivia estaba en otros menesteres y yo solo podía imaginármela riendo con él, porque con Lorenzo también se reía, no solo conmigo.

Conforme las horas fueron pasando, mi imaginación fue a más y entonces la vi en otras situaciones que apenas podía soportar, ¿y si se estaba acostando con él? Nunca había sentido unos celos así, racionales o no, pero muy intensos. Pero es que nunca había estado tan enamorado como de Olivia.

A veces, hace falta que un nuevo amor llegue para entender que el anterior no fue tan fuerte, que había más de cariño y de comodidad ya que de verdadero amor, porque yo siempre pensé que estaba enamorado hasta la médula de Julia y, en comparación con Olivia, me daba cuenta de que no era para tanto.

Las horas fueron transcurriendo y yo el sueño no lo enganché. Cuando no dormía, me sucedía como a los críos, que me ponía muy impertinente...

Me sentía muy inseguro de nuevo con la situación, esa era la realidad. Toda la seguridad que adquirí en Roma, la perdí al llegar y de golpe. Y nunca mejor dicho lo de “de golpe” porque fue como si me diese contra un muro de realidad.

Para colmo de mis males, a la hora de acostarme le envié un nuevo mensajito de buenas noches a Olivia y ni lo vio. Esa noche estaba entretenida y pasó de mí. Sí, sé que puede sonar paranoico, pero yo tenía esa impresión.

No podía dormir y menos cuando pensaba en que habría de acudir de manera inminente a esa cena en la que el jefe me estaba poniendo en la punta de la picota. Yo estaba loco por Olivia pero ¿y si ella solo jugaba conmigo y finalmente me veía en la calle? Habría sido la cagada del siglo.

El éxito no me cayó del cielo. Yo había trabajado muy duro para lograrlo y de pronto veía que todo podía ser en vano. Trataba de dormir y por más que contaba una ovejita, un rebaño y diez rebaños, no había manera.

Una y otra vez, miraba el móvil para ver si entraba su mensajito de respuesta y no había forma. Olivia estaba en otros menesteres y yo solo podía imaginármela riendo con él, porque con Lorenzo también se reía, no solo conmigo.

Conforme las horas fueron pasando, mi imaginación fue a más y entonces la vi en otras situaciones que apenas podía soportar, ¿y si se estaba acostando con él? Nunca había sentido unos celos así, racionales o no, pero muy intensos. Pero es que nunca había estado tan enamorado como de Olivia.

A veces, hace falta que un nuevo amor llegue para entender que el anterior no fue tan fuerte, que había más de cariño y de comodidad ya que de verdadero amor, porque yo siempre pensé que estaba enamorado hasta la médula de Julia y, en comparación con Olivia, me daba cuenta de que no era para tanto.

Las horas fueron transcurriendo y yo el sueño no lo enganché. Cuando no dormía, me sucedía como a los críos, que me ponía muy impertinente...

Capítulo 22



—Buena me ha caído, tío. De verdad que yo no creí que todo esto te lo fueras a tomar tan a pecho—me decía Jaime al día siguiente camino del curro.

—Oye, que te recuerdo que tú tampoco estás tocando palmas con las orejas. Tienes lo tuyo encima también.

—Y no lo niego, pero yo duermo. Tú te has pasado toda la noche como un jodido búho, ¿cuántas veces te has levantado?

—Pues un montón, la verdad, aunque he tratado de no hacer ruido.

— ¿Y qué? Ya sabes que yo tengo el oído muy fino.

—Sí, tú todo lo tienes muy fino... Tenías que fijarte en ellas dos aquel día.

—Acabáramos, así que la culpa es mía, ¿acaso no estaríamos en las mismas?

—Pues no sé qué decirte, porque de haberlas conocido en la oficina habríamos sabido que...

—Que se miran, pero no se tocan, ¿no? De eso nada, los huevos se te habrían caído igual hasta el suelo al conocer a tu Olivia. Yo tengo mucho instinto, sé bien lo que me digo.

—Supongo que tienes razón. No hay quien me aguante, ¿no?

—Exacto. Lo que tienes que hacer es lo mismo que yo, echártelo todo a la chepa.

— ¿No jodas que tengo chepa?

— ¿Qué chepa vas a tener? Joder, que es una manera de hablar, tío. Tú sigue entrenando como lo estás haciendo y lo vas a petar con las chicas...

—Yo no pretendo nada con ninguna otra. Sabes que solo quiero a Olivia.

—Qué pesadito eres cuando coges una canción.

Él diría lo que le diese la gana, pero los ojillos le brillaban también cuando pasaba por delante de Martina, quien lo saludaba a lo justo y poco más, mostrándole un total desdén. Habían discutido y ella guardaba las formas, pero parecía tenérsela jurada. También era mala suerte, para una vez que mi amigo parecía estar interesado de verdad en alguna chica.

Yo sí que me acerqué a ella porque tenía verdadera ansia viva por ver a Olivia.

—Buenos días, Martina, ¿me confirmas si Olivia ya está en su despacho? —le pregunté.

—Buenos días, Enzo. Creo que ha salido un momentito a tomar un café, decía que necesitaba un poco de aire libre.

—Pero ¿se encontraba mal o algo?

—¿Tengo yo cara de médico de cabecera? Enzo, que estoy a tope de trabajo y de muy mala leche por culpa de tu amigo.

—Tienes razón, la tienes...

Me fui para el despacho que compartía con Jaime y, apenas me había sentado y encendido el ordenador cuando la misma Martina se asomó por allí.

—El jefe te quiere ver y no parece estar de muy buen humor, yo de ti saldría pitando para su despacho—me comentó.

—Ya lo has escuchado, Jaime, las buenas noticias se nos agolpan, mueve el culo—le comenté.

—No, muy bien no lo has escuchado, porque solo te quiere ver a ti—me aclaró ella.

Un escalofrío me recorrió por completo. Era la primera vez que tenía algo que decirme a solas y no me olía nada bien, sino a huevo podrido.

—Suerte, tío—me dijo Jaime con un airecillo rollo “de buena me he librado”.

Me dirigí hacia el despacho del jefe con una desazón enorme, ¿habría descubierto lo mío con su hija? Para más inri, vi la silueta de Lorenzo al fondo del pasillo, como si acabase de salir de allí, como si hubiera estado parlotando con su exsuegro, ¿tendría algo que ver?

Toqué con los nudillos en la puerta y, nada más entrar, noté que el potaje se me había agriado. Es más, intuí que igual yo no comería más de la empresa de aquel hombre que me recibió con tono atronador.

— ¡Siéntate! —me ordenó con un tremendo ímpetu.

—Buenos días, Don Pablo.

—Buenos días, mis cojones—me soltó y jamás hubiese imaginado que un hombre tan correcto como él dijese algo así.

—Don Pablo, ¿le sucede algo?

— ¿Tengo pinta de que no me suceda nada? Me sucede que me ha contado un pajarito que has contravenido mi regla: la de no liarte con nadie en la empresa—me aclaró poniéndose rojo.

—Don Pablo, yo... De veras que...

— ¿Lo vas a negar? Porque verás, lo único que puede enojarme más que un empleado desleal es uno cobarde, ¡y más si está liado con mi hija!

Lo sabía, lo tenía claro... Lorenzo le fue con el cuento. Ese tío se lo había pensado mejor o igual me tendió una trampa desde el primer momento para que el jefe me cogiese una tirria impresionante.

—No, no lo voy a negar—le dije mirándole a los ojos.

—Al menos esa es la actitud. Por lo demás, quiero decirte que estoy francamente defraudado contigo y que, si no te echo ahora mismo de este despacho a patadas, y te pongo en medio de la calle, es porque has demostrado gran valía como profesional y te necesito... La misma que te ha faltado como persona.

—Lo siento, lo siento mucho, yo no sabía cómo hacerlo. ¿Hubiera preferido que viniese a contárselo?

—Por supuesto que lo hubiese preferido, porque así habrías demostrado un coraje que te ha faltado... No es eso lo que quiero para mi hija.

—Sé muy bien lo que usted quiere para su hija, ya me quedó muy claro ayer—le dije con arrojo.

—Pues si te quedó claro, comprenderás lo contento que estoy con la situación. Y encima yo invitándote a mi casa. Me siento como un idiota y eso es algo que odio. Ni siquiera en ese momento fuiste capaz... No te imaginas lo defraudado que estoy y, si el universo me concede un deseo, solo espero que mi hija lo esté tan pronto tanto como yo.

—Yo no pienso defraudar a su hija, eso quíteselo de la cabeza—le advertí.

—Así que tienes sangre en las venas, una buena noticia, pero no te servirá de nada porque estoy seguro de que sí la defraudarás.

o—Don Pablo, si me lo permite, no quiero seguir con esta conversación.

—No, claro, huye, huye...

—No es por huir, es porque usted no está siendo justo. Yo quiero a Olivia con todo mi corazón y se lo voy a demostrar.

—Claro, cómo no la vas a querer siendo quien es...

—¿Insinúa que no me puedo enamorar de ella por sus propios méritos?

—Insinúo que eres un crápula, ¡eso es lo que insinúo! —exclamó dando un golpe en la mesa—. ¡Fuera!

—Pues si te quedó claro, comprenderás lo contento que estoy con la situación. Y encima yo invitándote a mi casa. Me siento como un idiota y eso es algo que odio. Ni siquiera en ese momento fuiste capaz... No te imaginas lo defraudado que estoy y, si el universo me concede un deseo, solo espero que mi hija lo esté tan pronto tanto como yo.

—Yo no pienso defraudar a su hija, eso quíteselo de la cabeza—le advertí.

—Así que tienes sangre en las venas, una buena noticia, pero no te servirá de nada porque estoy seguro de que sí la defraudarás.

—Don Pablo, si me lo permite, no quiero seguir con esta conversación.

—No, claro, huye, huye...

—No es por huir, es porque usted no está siendo justo. Yo quiero a Olivia con todo mi corazón y se lo voy a demostrar.

—Claro, cómo no la vas a querer siendo quien es...

—¿Insinúa que no me puedo enamorar de ella por sus propios méritos?

—Insinúo que eres un crápula, ¡eso es lo que insinúo! —exclamó dando un golpe en la mesa—. ¡Fuera!

Capítulo 23



Salí abatido de su despacho, pero con la total certeza de que Pablo Rivas no haría que me diera por vencido. No cuando ya sabía la verdad y cuando yo también tenía la absoluta seguridad de que amaba a Olivia.

Fue entonces cuando me crucé con Lorenzo y cuando fueron mis cables los que se cruzaron...

—Miserable, ¿te ha faltado el tiempo para contárselo! —le chillé.

—¿Qué dices, tío? —me preguntó haciéndose el sueco.

—No, ¿eh? A mí con triquiñuelas no, ¿te enteras? Ten huevos para admitir que quieres volver a estar con ella y que le has contado lo nuestro a su padre.

—¿Crees que yo actuaría así? ¡No me conoces!

—Por supuesto que no te conozco, y Olivia tampoco. Seguro que trataste de seducirla anoche durante la cena y hoy has actuado con malas artes, contándoselo a su padre de cualquier manera, dejándome como el malo de la película y como un cobarde, cuando lo cierto es que yo mismo habría terminado contándoselo.

—¡Estás paranoico, tío! —me soltó una risita.

No lo tenía planeado, pero la furia me pudo. Era mucho y todo malo lo que acumulé contra el italiano en las últimas horas, y todo ello lo concentré en un derechazo que, pese a que el tío estaba más fuerte que el vinagre, cayó al suelo.

Comprendí que la había liado, y bien, pero todavía quedaba lo peor... Un grito por su parte me demostró que Olivia acababa de llegar justo a tiempo para verlo todo.

—¿Qué has hecho, Enzo? —me preguntó horrorizada mientras el otro trataba de volver en sí, porque le mandé a dormir.

—Lo siento, Olivia, sé que no son formas, que las he perdido. Pero antes de juzgarme, espera a escuchar lo que ha hecho él: ¡le ha contado lo nuestro a tu padre! Vi con mis propios ojos cómo salía de su despacho justo antes de que yo entrase.

— ¡Imbécil! Fui yo quien se lo conté esta mañana y luego me fui a tomar un café, ¿qué estás inventando?

— ¿Tú? Pero si yo vi que...

—Le pedí a Lorenzo que se acercase por su despacho cuando yo salí con la idea de que le aplacase un poco. Él conoce muy bien a mi padre y nadie mejor para hacerlo.

—Joder, ¿había ido a calmarle? Pues menos mal, porque aun así no sabes cómo estaba cuando me llamó—
murmuré entre dientes.

— ¿Te la ha liado mucho?

—Muchísimo, no te lo imaginas.

—Sí que me lo imagino, ¿y sabes qué te digo?

—Pues mira, ahora mismo estoy un poco descolocado—le comenté nervioso.

— ¡Que me alegro! ¡Me alegro porque eres un idiota y no te sabes controlar!

—No, mujer, no... Es que se me han acumulado muchas cositas... Lo de la cena en casa de tus padres me puso que hiperventilaba.

—Y justo para ahorrártelo me decidí a hablar con mi padre.

—Pues ya me lo podías haber contado, bonita.

—Yo ya te advertí que a mí no me controla nadie, ¿me vas a decir cuándo tengo que hablar con mi padre? Pero lo hice Enzo, lo hice por ti y porque creí que eras otro tipo de hombre. Está claro que me equivoqué, ¡hemos terminado!

—No digas eso ni en broma, Olivia...

—No, claro, porque cualquiera que vea esta escena comprenderá que estás muy centrado... Vete a la mierda, Enzo—me dijo mientras trataba de reanimar al italiano con unas palmaditas en la cara—. Lorenzo, despierta, cariño.

—¿Lo ves? ¿Ves cuál es el problema? Tú me has desestabilizado, tanto “cariño” para arriba y “cariño” para abajo, ¿no entiendes que eso es lo que quiere? En el fondo ha vuelto de Italia para reconquistarte, solo que te encontró conmigo y ha jugado sus cartas.

—No te mereces ninguna explicación, pero te la voy a dar para que te pique más: Lorenzo ha vuelto de Italia por mal de amores, porque allí tiene un novio más tóxico que el mercurio que se llama Giuseppe y que le está haciendo la vida imposible.

—¿Un novio? Pero ¿eso cómo va a ser? Si...

—Siendo... A ver si abrimos un poco la mente... El pobre está hecho polvo y por eso anoche me fui a cenar con él, además de que sabía que nadie me podría aconsejar mejor sobre cómo abordar el temita de marras con mi padre.

—Joder, joder... Pero si tú te ibas a casar con él en su día. Tu padre me decía ayer mismo que no sabe qué pasó en su momento.

—Pues lo que pasó fue tan simple como que él comenzó a sentirse atraído por los hombres y, con mucho amor, me lo contó antes de que diésemos el paso de casarnos. Yo lo pasé fatal, pero lo entendí y valoré su sinceridad. Por eso jamás salió de mi vida y por eso le tengo tanto cariño, porque nunca me mintió...

—¿Olivia? ¿Eres tú, Olivia? —le preguntó él abriendo los ojos.

—Sí, cariño, soy yo... ¿Cuántos dedos tengo en esta mano? —le preguntó mostrándole tres.

—Espero que tengas cinco o significará que nos ha arrollado un tren a los dos...

—No, un tren no... Nos ha arrollado un cretino, que es mucho peor... Uno de estos te coge y te jode la vida, pero no te preocupes, que yo ya lo he solucionado. Ven, levántate—le pidió.

—Esperad, que yo os ayudo—le ofrecí.

—A ti no se te ocurra ni acercarte, que ya lo has jodido todo bastante. No quiero que vuelvas a pensar en mí ni que me hables para nada que no sea estrictamente profesional, ¿me oyes? Si no lo haces así, te prometo que le diré a mi padre que prescinda de ti... Y por mucho que te valore, lo hará—sentenció.

Capítulo 24



A partir de ese día, vivía las horas más bajas de mi vida. Nunca me había sentido peor y las siguientes semanas supusieron para mí un auténtico suplicio.

Olivia volvía a hacer su vida sin dirigirme la palabra más que para darme órdenes, que para eso seguía siendo mi jefa. En cuanto a su padre, también me trataba con más aspereza que una lima.

Suerte que Jaime y yo seguíamos siéndole rentables y eso sí que nos lo recompensaba de una manera más que generosa, por lo que todos salíamos ganando.

Ahora bien, todo lo que ganaba me lo terminaría gastando en medicamentos para la úlcera de estómago, porque Olivia parecía estar olvidándose y yo me encontraba más perdido que nunca.

Un buen día, llegaba a casa en mi descapotable con Jaime, quien tampoco conseguía hacer las paces con Martina, cuando él vio a alguien que le dejó petrificado.

—Tío, espera, espera, ¿esa no es Julia? —me preguntó al ver a una chica con una maleta en la puerta.

—Eso parece...

—¿Y cómo nos ha localizado? Joder, lo que nos faltaba, que trae una maleta.

—Le di nuestra dirección al llegar porque tenía unas cosas mías que enviarme y...

—Y ha tomado buena nota.

La cara de Jaime era de funeral. Él sabía que para Julia no era más que un golfo y encima estaba el problema de que compartíamos casa. A ver, si ella se hubiese venido en su día no habría sido así, pero como finalmente nos trasladamos solos a Marbella, lo vimos la mejor solución.

Me bajé del coche asombradísimo, con los ojos muy abiertos. Julia estaba cambiada, más guapa y sexy que nunca como si fuese otra persona.

— ¡¡Ya estás aquí!! ¡¡Y qué bien te veo!! ¡¡Cochazo nuevo, qué bonito!! —me decía muy contenta.

— ¿Te gusta? —le pregunté mientras le di un abrazo.

—Me encanta, ¿cómo no me va a gustar? Y la casa también, no me contaste que vivías en un sitio así de impresionante.

—Es que no hablamos mucho después de nuestra ruptura. Más bien lo justito... Yo necesitaba contacto cero, ¿lo recuerdas?

—Ah, sí, esa chorrada. Ya no te hará falta, mi amor, porque me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti—me confesó abrazándome.

— ¿Quieres que reanudemos la relación? —le pregunté sin dar crédito.

—Y no solo eso: quiero quedarme a vivir contigo, ¡ya! —exclamó.

—Pero, ¿y qué hay de todo lo que hablamos? Julia, tú tenías muy claro que deseabas quedarte con tu padre hasta que aprobaras las oposiciones y los exámenes todavía no se han convocado.

—Actué como una niñata. Tenías razón en todo lo que me dijiste—asintió comiéndome a besos.

— ¿De verdad? ¿De verdad has recapacitado?

—Y tanto que de verdad. Me ha bastado con estar a punto de perderte para entender que no es eso lo que quiero, mi amor. Yo te quiero a ti, ¡solo a ti! —me repitió mientras casi me tiraba de espaldas de tantos besos como me estaba dando.

Yo me sentí querido y mimado en ese momento, pero también deseé ser sincero.

—Julia, pero es que han sucedido cosas desde que nos separamos, deberías saberlo.

— ¿Estás con alguien? ¿Es eso? ¿Quieres que coja mi maleta y me vaya? —me preguntó poniendo un puchero.

—No, no estoy con nadie, pero he estado y no quiero que haya malos entendidos entre nosotros...

,

—Te perdono. Yo también me he tirado a alguno para ver si te olvidaba, pero no hubo manera.

—Normal, a otro tonto como mi amigo no encuentras—murmuró Jaime, quien parecía tener tinta en vez de sangre en las venas, de lo negro que se estaba poniendo.

—¿Qué has dicho tú? Oye, que yo a tu amigo le he querido y le quiero con locura, ¿eh? Nosotros nos dimos un tiempo para recapacitar.

—Un tiempo tampoco, que rompimos—corregí sus palabras.

—Amor, es que cuando se quiere de verdad, las cosas pueden sonar a ruptura, pero al final todo viene a su sitio, ¿o es que acaso no me ves? Presta para empezar una nueva vida lejos de mi nido paterno.

—Ni que estuviésemos en la Estepa rusa, que esto es Marbella, un paraíso del sol y del ocio, bonita—apuntó mi amigo.

—¿Seguimos siendo pareja o ahora esto es un trío? —me preguntó ella.

—Jaime, haz el favor de callar un poco, hombre, que estamos hablando—le pedí.

—No, no, si ya me callo... Ya vendrás tú a hablar conmigo, ya...

—Esa no es la actitud, ¿eh? ¿Se va ya para su casa? —me preguntó ella.

—Verás, cariño—me aclaré la voz—. Jaime es que vive aquí conmigo.

—O tú vives conmigo, listo...

—¿Cómo? Pero ¿eso cómo va a ser?

—Eso se llama optimización de recursos con miras a pegarnos la gran vida, Julia—le indicó él.

—Bueno, vale, aunque se podrá cambiar, ¿no?

—Que se lo pida tu novio al jefe, que ahora se lleva muy bien con él—le comentó con sorna.

—¿Podemos dejar de pegarnos tiritos? Es que alguno terminará saliendo escaldado—sugerí.

—Y serás tú, Jaime, ya que nosotros somos pareja. Porque volvemos a serlo, ¿no, amor?

ε—Sí, Julia, volvemos a serlo—le dije dándole un beso en su cabecita y pensando que ojalá todo me hubiese salido bien desde el principio con ella, ahorrándome el sufrimiento que el tsunami de pasión Olivia me causó.

—Y serás tú, Jaime, ya que nosotros somos pareja. Porque volvemos a serlo, ¿no, amor?

—Sí, Julia, volvemos a serlo—le dije dándole un beso en su cabecita y pensando que ojalá todo me hubiese salido bien desde el principio con ella, ahorrándome el sufrimiento que el tsunami de pasión Olivia me causó.

Capítulo 25



Me sentí muy reconfortado en los primeros días de convivencia con Julia, ya que no solo recuperé la buena sintonía con ella, sino que se mostró muy cambiada en muchos aspectos.

A menudo me sorprendía con cantidad de detalles y hasta se metía conmigo en la cocina para aprender a cocinar con la idea de darme “sorpresitas”, como ella decía. También en la cama se mostró mucho más fogosa que de costumbre y el sexo se convirtió en una constante en nuestras vidas.

Además, parecía muy interesada en que yo estuviera feliz y me preguntaba a todas horas si era así. Por si eso fues poco, estudiaba más que nunca y me aseguraba que en la próxima convocatoria se traería la plaza, por lo que habilité un pequeño cuarto de estudio para ella que decoró a su gusto.

Parecía contentísima con todo y yo sentía que mi vida volvía a ser lo que un día fue. Incluso retomamos la idea de casarnos, de tener hijos... De no tener ninguna prisa, ella pasó a querer proyectarlo todo y con una ilusión que me era desconocida hasta entonces.

Solo nos quedaba un caballo de batalla: Jaime. Julia y él no conectaban y eso se traducían en distintos roces a todas horas que perturbaban nuestra convivencia.

—No me comas la oreja, tío—le decía yo cada vez que venía a darme las quejas—. Hazlo por mí, ¿vale?

—Es que hay algo en Julia que me resulta insoportable, Enzo, no lo puedo remediar. Y yo no soy de ocultar las cosas...

—Pues lo tuyo con Martina bien que lo ocultabas en la oficina, de manera que cuando algo te conviene...

—Es cierto, y bien arrepentido que estoy. Debí hacer las cosas de otra manera con ella, darle a entender que era importante para mí y no que quedé fatal a sus ojos y no me lo perdona.

—Pero tú erre que erre...

—Y pienso seguir ahí. Yo la voy a conseguir, ¿qué te apuestas?

—Con lo cabezón que eres, nada, que saldré desplumado. Si te soy sincero, yo me siento aliviado por haberme podido apartar de esa lucha. He vuelto a mi vida de siempre...

—A tu vida rutinaria de siempre, querrás decir...

—A la vida que yo quiero, ¿es tan malo eso?

—Según se mire...

—Además, que Julia ha cambiado mucho, ¿eh? Ya no tiene nada que ver con la que era.

—Lo que tú digas...

—¿Qué estás insinuando?

e—Que Julia trae algo entre manos, eso es lo que insinúo.

—Jaime, yo sé que no te cae bien, pero inventar está muy feo, ¿eh?

’—Entré ayer a pedirle unos folios y la vi en una videoconferencia con un tío, ni mijita de estudiar...

—Sería alguno de su grupo de estudio. Está metida en uno que...

’—El tío estaba desnudo de cintura para arriba y sería hora de merendar, porque ella no hacía asco a su tableta de chocolate. Te advierto que se suponía que tú y yo estábamos en la compra, por lo que se sorprendió mucho y acabó la conversación en el momento. Al verme, cortó del tirón. Pero para cortada ella...

—Jaime, seguro que lo has sacado de contexto.

—Nada, nada, yo ya lo he dicho... Desde ayer estoy dándole vueltas y me sentía fatal. Si tú te quieres tragar ese sapo, ¿quién soy yo para decirte que no lo hagas? ¡Que aproveche!

Se fue y me dejó la mosca detrás de la oreja. Jaime no era ningún cobarde y por eso no me pidió que guardase silencio sobre el tema, y yo no pude evitar hablar con ella.

—Será liante y chivato, ¿sabes quién era el tío? —me preguntó indignada cuando le hablé sobre el asunto.

—Ni idea, cuéntamelo tú.

—Mi primo Arturo el de Alcalá de Henares, ¿no te dije que está opositando también?

—No, no me lo dijiste...

—No te acordarás porque tienes muchas cosas en la cabeza, pero sí que te lo dije.

—Anda, si yo creí que tu primo de cerebro iba cortito, que él solo le daba a las pesas...

—Sí, porque ha estado mazándose pico pala toda la vida, pero yo misma le convencí porque no tiene nada de nada y de los músculos no va a vivir.

—Eso es muy bonito por tu parte, amor. Me alegra que me lo hayas contado.

—Y a mí me alegra también, muchas tardes charlamos y nos vamos repitiendo el temario mientras él entrena en su dormitorio. Mis tíos están encantados.

—Normal, si le has metido el gusanillo del estudio en el cuerpo a ese alcorcho. Es como un milagro...

—Pues sí, es que yo obro milagros, voy haciendo el bien, no como otros...

—Jaime solo me lo ha contado porque es mi amigo, entiéndelo.

—Jaime es como una mala maruja, una cotorra de patio que quiero indisponernos. Siempre me dio mala espina y lo que nos faltaba era tenerle viviendo con nosotros, ¿no hay otra solución? Es que no lo soporto.

—Lo que sucede es que la casa nos la paga la empresa y, como tú comprenderás, no está el tema como para pedirle al jefe que nos ponga dos.

—Ya, ¿sigue contigo de uñas por lo que tuviste con su hija? —me preguntó porque yo se lo había contado.

—Un poco, amor, un poco...

—Si es que toda la culpa es mía: si me hubiese venido del tirón contigo a Marbella no habrías tenido nada con esa chica y ahora no sufrirías ese problema. Me siento tan culpable... Menos mal que ahora estamos mejor que nunca ¿verdad? Papi me ha preguntado si ya tenemos fecha para la boda, pero como no la hemos puesto aún, ¿le damos una alegría ya? ¿Cuál te parece?

Julia me estaba atosigando un poco con ese tema y, aunque yo pensaba que no lo hacía con mala intención, me preocupaba más cómo solucionar lo de Jaime y la convivencia. Y eso que no sabía que, a partir de ese día, ella le consideraría un chismoso y no se lo perdonaría. Y el principal problema era que se trataba de algo mutuo, por lo que las indirectas y las directas volaban por la casa intoxicando el ambiente.

a

l

,

Julia me estaba atosigando un poco con ese tema y, aunque yo pensaba que no lo hacía con mala intención, me preocupaba más cómo solucionar lo de Jaime y la convivencia. Y eso que no sabía que, a partir de ese día, ella le consideraría un chismoso y no se lo perdonaría. Y el principal problema era que se trataba de algo mutuo, por lo que las indirectas y las directas volaban por la casa intoxicando el ambiente.

Capítulo 26



Una tarde, llegué de correr pues necesité un poco de aire fresco, y me encontré con que Jaime metía las maletas en su coche.

—Tío, ¿qué estás haciendo?

—Lo que ves, pirarme de esta casa. No soporto a tu novia y pobre de ti si lo sigues haciendo. Hay algo oscuro y siniestro en ella, te lo garantizo.

—Jaime, no es la cosa así. Está molesta por lo del malentendido con su primo, pero ya está.

—¿Molesta? Está todo el puto día dando tiros al aire a ver si me alcanza alguno. Y no es literal porque no tiene una escopeta, que si no...

—Te ha cogido mucha inquina, es verdad. También es que te considera una mala influencia, no te lo quería decir así de crudo, pero...

—Pero que no soy tonto y lo sé todo. A Julia no le interesa que esté a tu lado porque puedo abrirte los ojos, por eso.

—Jaime, no empieces con tus insinuaciones, que al final el que sale jodido soy yo.

—Tú vas a salir jodido de todas formas, ¿y sabes por qué?

—No, pero estoy seguro de que te mueres de ganas por decírmelo. Te lo noto en tu miradilla rencorosa...

—Porque tú sigues enamorado hasta el tuétano de Olivia aunque ya no hables del tema...

—No te flipes, tío, que lo haces mucho.

—Puedes engañar a tu novia, a quien te dé la gana o a ti mismo... Pero a mí no. Yo veo cómo la miras cada día, cómo observas cada uno de sus movimientos, cómo te anticipas a sus respuestas, cómo te remueves por dentro cada vez que le suena el teléfono y no sabes quién es ni qué pretende, cómo...

—Ya vale, ¿no? Menudo bombardeo. Las cosas no se pasan de un día para otro y yo he apostado por Julia.

—Porque no te han quedado más huevos que, si no, ya te diría yo...

—Además, que con Julia tengo un proyecto de vida, un proyecto sólido...

1

—Te recuerdo que Olivia dio el paso de hablar con su padre por ti.

—Y yo te recuerdo que hace mucho prometimos que no nos daríamos golpes bajos, y ese es uno. No te vayas, Jaime, podemos solucionarlo todo. Julia entrará en razón.

—Yo no tengo que solucionar nada con ella. Ese marrón te lo comes tú.

—¿Y adónde irás, amigo? No es justo que seas tú quien abandone la casa.

—No te preocupes por mí, yo voy a luchar por mis sueños.

Lo pronunció con tal rotundidad que supe desde ese preciso instante que no era una manera de hablar. Dicho y hecho, no entendí cómo se las pudo ingeniar o si es que aquel día él le bajó la luna a Martina a petición de ella, pero lo cierto es que por la mañana aparecieron juntos en la oficina.

Por si fuese poco mérito, no se escondieron y yo entendí que era la manera de hacer las cosas, le gustasen o no a Pablo Rivas. Su actitud me dio mucho que pensar, aunque no pude más que felicitarle cuando entró en el despacho.

—Enhorabuena, capullo, no sé cómo te las has ingeniado, pero lo has hecho.

—Si te digo la verdad, supongo que solo creyendo en mí, porque ayer cuando te lo dije no las tenía todas conmigo. Estoy muy feliz, Enzo.

A partir de ese momento, sufrí una especie de convulsión interna. Cada vez que veía a mi amigo y a su chica juntos, todas mis alarmas comenzaban a sonar a la vez, como si yo fuese por el camino equivocado. No obstante, luego llegaba a casa y Julia me mostraba todo lo contrario.

Mi chica se había convertido en mi cómplice y nunca como entonces habíamos formado un equipo igual. Todo

parecería entusiasmarla mucho y escuchaba con pasión todo lo que le contaba sobre mis progresos en la empresa.

Pablo Rivas fue aflojando poco a poco gracias a los logros de Jaime y a los míos, aparte de que vio que mi historia con su hija quedaba en el olvido. Incluso comenzó a extenderse el rumor de que Olivia salía con un ejecutivo y, aunque me hizo pupa, entendí que era lo mejor para todos.

Julia seguía en sus trece y terminamos por poner fecha para la boda: sería el verano siguiente allí en Marbella, porque terminó adaptándose genial a nuestra nueva ciudad.

A cambio, lo único que le pedí fue que acercase posturas con Jaime y ese fin de semana les invitamos a cenar, tanto a él como a Martina, para celebrarlo.

Mi amigo aceptó de mala gana, pero aceptó, al fin y al cabo. Era hora de tratar de normalizar las cosas y la cena la preparamos entre Julia y yo.

— ¿A que me he convertido en el mejor pinche? —me preguntaba ella.

Parecía inmensamente feliz y sentía curiosidad por conocer a Martina, algo que entraba dentro de la normalidad.

La velada transcurrió bastante bien, dadas las circunstancias. Las chicas charlaron entre ellas y en cuanto a Jaime y Julia, pues me pareció que dijeron eso de “pelillos a la mar”. En el fondo, yo sabía que ambos me querían y que lo harían por mí.

—Todo ha salido genial—me comentó al acostarnos, con un sexy conjunto nuevo, en rojo y con unas transparencias capaces de dar un vuelco a cualquier corazón.

El problema no estaba en ella, que era evidente que hacía todos los esfuerzos por estar bien conmigo. El problema intuía yo que estaba en mí porque, cuando entrecerraba los ojos mientras avanzaba hacia mí, seguía viendo a Olivia en cada uno de los recovecos de la piel de mi novia.

Suponía que sería cuestión de tiempo, de adaptarme y de olvidar, porque ella parecía más que ilusionada con esa boda con la que un día yo mismo soñé.

Hice el amor con Julia y luego se me quedó dormida encima. La vi bonita, muy bonita, tan solo sucedía que no era su cara la que deseaba ver y eso me desesperó.

Me costaba dormir, volvía a tener problemas con el sueño y eso me suponía un hándicap porque mi trabajo requería acudir a él con los cinco sentidos puestos. Y el problema era que el sueño los adormecía, aparte de que alguno de mis sentidos, en concreto el de la vista, parecía irse detrás de Olivia cada vez que escuchaba el sonido

de sus altos zapatos de tacón.

a

l

l,

a

de sus altos zapatos de tacón.

Capítulo 27



Entré en la oficina y Jaime estaba especialmente exultante.

—Alguien viene que se sale, ¿no? —le pregunté.

—Pues sí, me siento pletórico.

—Te lo mereces, tío, has luchado por lo que querías y has ganado.

—Ya, y sin poner fecha de boda—dijo con retintín.

—No me lo restriegues por la cara, anda...

—Debería, pero bueno. La realidad es que no estoy solo contento por mí, sino también por ti.

—¿Y eso? ¿Has entendido que Julia es mi mejor opción?

—Digamos mejor que es tu más mentirosilla opción.

—No te entiendo, te prometo que no te entiendo. Creí que ya no había rencillas entre vosotros.

—Mira, yo de ella sigo sin fiarme un pelo. Digas lo que digas, no me tragué lo de su primo ese el mazado, yo sé lo que vi y ese tío no era un primo...

—No empieces otra vez, que a mí me sonó muy lógico todo lo que me contó.

—Porque te interesa tranquilizarte, por eso te lo tragaste y punto. Pero la cosa va más allá.

—Sí, ahora me vas a decir que la has visto por ahí con ese tío, ¿vas detrás de ella como un detective?

—Dios me libre, te aseguro que Martina me tiene muy entretenido como para eso...

— ¿Y entonces?

—Entonces, ¿te acuerdas cuando Julia subió anoche a vuestro dormitorio porque decía que necesitaba coger una pastilla?

—Sí...

—Yo fui al baño y te dije que estaba atascado...

—Y subiste al del pasillo de arriba, sí...

— ¡Y en qué buena hora! La escuché hablando con su padre de la boda.

—Eso es normal. Coincidiría con que él la llamó o algo...

—Ya no sé qué decirte, lo cierto es que no lo hacía en los términos que tú crees.

—Pues que me aspen si te entiendo.

—Verás, tu novia le estaba echando un tremendo rapapolvo a su padre.

— ¿Un rapapolvo? Si lo adora...

—Quizás ya un poco menos, porque le recriminaba que se fue de casa por culpa de que él se había ennoviado y que ella esa no lo consentía, que era la niña de sus ojos y que no pensaba soportar que ninguna mujer hiciera y deshiciera en su casa. Que por eso se iba a casar contigo, no porque te quisiera, que no se le olvidaría tan pronto que te viniste a Marbella y que pasaste de ella. En su línea, “soy la caña de España”, claro... Vaya, que te las piensa hacer pagar todas juntas cuando estéis casados y que incluso haría por adelantar la boda, quizás con un bombom... Que estaba haciendo el papel, pero que no estudiaba ni para atrás, que para eso tenía “sus distracciones” y que eso era lo único que hacía delante del ordenador. Y todo esto lo decía con un tono que yo la cara no se la veía, pero que necesitaba un exorcista fijo.

— ¿Tú estás seguro de todo eso que dices, Jaime?

—Hombre, mal no creo que lo haya escuchado, a ver si soy yo ahora anormal profundo.

Caí a plomo en la silla. Julia no me quería, solo me había utilizado para salir de su casa a la carrera porque no

soportaba dejar de ser el centro de atención de su padre.

No solo continuaba siendo la misma niña consentida, sino que me estaba engañando de todas las maneras habidas y por haber. Me dio coba a lo grande y yo no pude esperar más.

— ¿Me cubres un rato, Jaime?

—Si es para ir a hacer “limpieza” a tu casa, como si te tengo que cubrir toda la mañana, amigo.

Llegué allí sin avisarla, por supuesto. Abrí la cerradura con sumo cuidado y subí las escaleras de puntillas. Me la encontré en nuestro dormitorio, en videollamada a través del ordenador, y digamos que “ligerita de ropa”. Más bien como su madre la trajo al mundo.

Las risas que hasta ese momento salían de su boca, se convirtieron en un gesto de angustia que, enseguida, se transformó en prepotencia.

— ¿Se puede saber qué cojones estás haciendo aquí? —me preguntó.

—Es para alucinar. Pillo a mi prometida en bolas practicando cibersexo con un tío y me tengo que disculpar. Por cierto, ¡Hola! Soy Enzo, el prometido de Julia—le dije al musculitos que también estaba desnudo al otro lado de la pantalla, momento en el que ella la cerró de golpe.

—Ya sabe quién eres, imbécil, yo no le he mentido...

—No, me mentiste a mí diciéndome que era tu primo, ¿o este es otro?

—Es el mismo, estoy enganchada, ¿qué pasa?

—Pasa que eres detestable, Julia, lo peor de lo peor... Y pasa que vas a coger tu ropa ahora mismo y te vas a largar de esta casa.

—Cuidadito con tus modos, que todavía le hago una llamadita a la Policía y te cagas por las patas abajo. Detenidas, ¿te enteras?

— ¿Y después qué harás? ¿Decirle a tu padre que te dé cobijo tras tenderme una trampa? Ah, no, que con tu padre ya no puedes contar porque tiene a una persona en su vida y eso no lo soportas. Menudo regalito eres... Has tratado de vivir de él hasta que has podido hacerlo de mí. Porque las oposiciones las llevas regular, ¿no? Me lo ha dicho un pajarito...

—No sé quién es ese puto pajarito, pero menudo metomentodo que está hecho.

—Es Jaime. Él te escuchó hablar anoche y todavía tuvo la delicadeza de no desenmascararte delante de todos.

—Ah, claro, ¿quién iba a ser si no? El cabrón de Jaime. Igual es que le faltaron pelotas...

—O igual le sobró vergüenza, que es lo que tú no conoces. Coge tus cosas y vete de esta casa, ¡ya!

—Tranquilo, ¿eh? Tú lo que tienes son muchos pajaritos en la cabeza porque te has quedado pillado de la hija de tu jefe, pero si te has creído que esa bajará de su pedestal para compartir su vida contigo, no me voy a reír nada...

—Ríete todo lo que quieras, pero lárgate de inmediato. Y lávate la boca antes de hablar de Olivia.

—Pues sí que estás pillado, ¿quién es ahora el mentiroso?

—No te compares conmigo, Julia, no te creas tan lista como para hacerme caer en tu trampa. Soy mucho mejor persona que tú y Olivia ya ni digamos, ella nunca me mintió.

—Me vas a hacer llorar, Enzo, qué historia tan bonita. Lástima que esté finiquitada y más que finiquitada.
a

—No adelantes acontecimientos. La única que lo está es la nuestra. Ojalá nunca hubieses vuelto, Julia, ¿qué estoy diciendo? Si me has hecho un favor, me habrían quedado ciertas dudas sobre lo nuestro, siempre, dudas que acabas de disipar por completo. Ahora coges al musculito y te largas con él...

—Está casado, idiota—me espetó de la peor manera.

— ¿Lo está? ¿Y de verdad el idiota soy yo?

Comprendí que Julia era diabólica y que se había convertido en un verdadero peligro para mí. De haber seguido con ella me habría desestabilizado por completo y, lo que es aún peor, habría logrado que yo no luchase por Olivia.

,
Me quedé allí en la casa, puesto que no me fiaba de ella, hasta que lo recogió todo.

¿ — ¡Hasta nunca, imbécil! —exclamó mientras, muy digna, salía con sus maletas por la puerta.

Cerré en ese momento un capítulo de mi vida, para siempre, del que salí cantando victoria. Yo no tenía ninguna necesidad de insultarla porque ese no era mi estilo y porque nunca lo habría hecho: Julia se definía ella solita.

Capítulo 28



Los siguientes días en la oficina resultaron un tanto caóticos para mí, pues no podía evitar seguir los pasos de Olivia y ella se había hecho experta en darme esquinazo.

El viernes al mediodía, yo salía cuando me la encontré en su coche, sola y con el móvil en la mano. Parecía impactada...

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Enzo, tú y yo no tenemos nada que hablar, ¿habría alguna posibilidad de que me dejaras en paz para siempre? Vete con tu prometida, tengo entendido que te casas—me soltó.

—Falsa alarma, Olivia, una cagada como cualquier otra... Ella apareció en mi vida jurándome haber cambiado y yo la acepté porque, en el fondo, necesitaba un cambio radical.

—No te entiendo...

—Olivia, no me puedo olvidar de ti. Ese es mi jodido problema. Quería pasar página, dejarlo todo atrás, pero no puedo...

—Pues vete de aquí. No te costará conseguir otro trabajo a tu altura ahora que mi padre podría hacerte una carta de recomendación cojonuda.

—Que yo le agradecería, pero he decidido sacar pecho y luchar por ti.

—¿No me digas? Pues yo no...

—Es que, perdona que te lo diga, pero sí tú sacas pecho, menudo escándalo se formaría...

—Ya, y a ti te asaltarían los jodidos celos, que es lo malo...

—No solo fue mi culpa. Pequé de inseguro, cierto, pero reconoce que no me lo pusiste fácil.

—Yo no hice nada para que te sintieras así.

—Pues entonces quizás es que yo no estaba preparado para tener una relación con alguien como tú... Con una mujer que no me mentía, pero tampoco me contaba nada.

—En eso se basa la confianza, ¿no?

—Pero la confianza ha de basarse también en actos.

—Ay, ¡qué mono! —me soltó con retintín.

—Te lo perdono porque sé que solo lo has dicho para distraer mi atención porque en el fondo sabes que todo lo que estoy soltando es verdad.

—Sí, sí, verdad de la buena...

—No te burles de mí, Olivia.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Es que no te das cuenta de que también has puesto todo mi mundo patas arriba? Hay que ser memo para no verlo.

—A mí los insultos ya me resbalan, ¿eh? Que llevo yo uno días que no te los imaginas—le comenté mientras que ella ponía el coche en marcha sin decirme ni mu, largándose.

Lo hablé con Jaime y Martina esa noche, con quienes quedé. Y fue ella quien tomó la iniciativa.

—Yo no te he dicho nada, que Olivia es muy suya, ¿eh? Pero al tío con el que sale igual le da carpetazo porque la atosiga mucho con que quiere un futuro con ella... Menudas prisas lleva, claro es que él tiene 50 palos.

—¿Olivia sale con un tío así de mayor?

—Pero que está cañón, ¿eh? A ver qué te has creído. Lo hace porque os ve a los demás como unos inmaduros. Y no me extraña, ¿eh? Menuda colección... Entre el italiano y tú os habéis cubierto de gloria.

—Lorenzo es un buen tío. No parece guardarme rencor ni nada por haberle tumbado. Que todavía no me explico

cómo lo hice.

—Ya te digo, si peta los trajes el mamoncete... En fin, que la tenéis contenta.

—¿Y si te alías con él? —ideó Jaime.

—¿Para qué? ¿Para agobiarla más?

—Espera, espera, para eso no, pero... Se me está ocurriendo que Olivia tiene que hacer un viaje de trabajo a París la semana que viene. Y que alguien de la oficina debe acompañarla—pensó en alto Martina.

—Claro, y su padre estará encantado de enviarme con ella, cuando me considera un mindundi al lado de su princesa.

—Si alguien puede hacerle cambiar de opinión es Lorenzo. A él le escucha y, tires para arriba o tires para abajo, lo que el jefe quiere es ver a su niña feliz.

—¿Has visto cómo le da mi chica a la cabeza? ¿Es para estar loquito por ella o no? —me preguntó Jaime.

—Menuda envidia sana que me dais...

—Te voy a decir la verdad, ¿eh? Cuando apareció por mi casa con las maletas, estuve a punto de darle una patada en el culo. Pero luego pensé en que lo de meter a un golfo en mi vida podría ser una aventura y me lo estoy pasando genial—me informó ella.

Hablé con Lorenzo a la mañana siguiente y el tío estuvo por la labor. Ni una objeción puso.

—Yo sé que Olivia te quiere y por ella haría cualquier cosa, Enzo—me comentó.

—¿Incluso olvidarte de mi ataque fortuito?

—Incluso eso, pero no te emociones, que me pillaste desprevenido...

Desprevenido debió pillar él también a su exsuegro, puesto que un rato después vino a buscarme.

—Ve preparando las maletas, te vas con Olivia a París—me anunció.

—Te prometo que no entiendo cómo le has convencido.

—Si te digo la verdad, ha intentado que fuese yo... Y he considerado que era hora de quitarme la careta. En su día me porté como un cobarde y le pedí a Olivia que no le contase a su padre el motivo de nuestra separación.

—¿Y ahora se la has contado tú?

—Sí, no veas la carita que se le ha quedado a Pablo. Creo que, de los dos, acabas de pasar a ser su preferido...

—Es el favor de mi vida, tío, ¿cómo voy a agradecerte esta oportunidad?

—Haciéndola feliz, Enzo, haciéndola tan feliz como yo no pude.

Lorenzo me dio un abrazo y yo se lo devolví. Olivia justo pasó por allí y enarcó una ceja.

—Ni jodida idea de qué tramáis, pero no quiero saberlo, ¡que os den!

—A mí no, por favor—le contesté.

—A mí sí, que me va haciendo falta—añadió Lorenzo, que no podía ser mejor tío.

—En eso no puedo ayudarte, se siente—le dije saliendo al galope...

—Si te digo la verdad, ha intentado que fuese yo... Y he considerado que era hora de quitarme la careta. En su día me porté como un cobarde y le pedí a Olivia que no le contase a su padre el motivo de nuestra separación.

—¿Y ahora se la has contado tú?

—Sí, no veas la carita que se le ha quedado a Pablo. Creo que, de los dos, acabas de pasar a ser su preferido...

—Es el favor de mi vida, tío, ¿cómo voy a agradecerte esta oportunidad?

—Haciéndola feliz, Enzo, haciéndola tan feliz como yo no pude.

Lorenzo me dio un abrazo y yo se lo devolví. Olivia justo pasó por allí y enarcó una ceja.

—Ni jodida idea de qué tramáis, pero no quiero saberlo, ¡que os den!

—A mí no, por favor—le contesté.

—A mí sí, que me va haciendo falta—añadió Lorenzo, que no podía ser mejor tío.

—En eso no puedo ayudarte, se siente—le dije saliendo al galope...

Capítulo 29



—No entiendo por qué no imaginé algo así, qué tonta soy—me decía ella subida en ese avión camino de París—. Y mucho menos entiendo que mi padre se haya prestado a esto...

—Lo ha hecho porque sabe que te quiero de verdad. Lorenzo le ha convencido.

—Lorenzo está tocado del ala y tú... Tú prefiero no plantearme cómo estás.

—Como un queso, así estoy...

—Sí, sí, con agujeros. Sobre todo en el cerebro, que tienes una fuga.

—Olivia, volamos hacia la ciudad del amor y del romanticismo, ¿eso no te dice nada?

—Sí, me dice que el mundo se ha vuelto loco. Eso es lo que me dice, ¿de qué va esto, Enzo? No creerás en serio que me vas a recuperar solo porque compartamos un viaje.

—Un viaje y una cama, que Lorenzo se ha encargado de las reservas y el tío es más apañado que las pesetas.

—¿Que solo ha reservado una habitación?

—Eso por descontado, y con una sola cama.

—Pero si yo tengo novio...

—Y yo hasta hace unos días tenía una prometida y mira, ahora tengo la calle para correr... Eso sí, y una ilusión muy bonita—corregí cuando le vi el careto, rollo asesina.

—Esto no puede estar pasando, no puede estar pasando...

—Además, que me he enterado yo por ahí que tu novio te saca unos cuantos años y eso a ti no te pega. Que tú no tienes por qué estar con un tío tan mayor.

—Sí, también te los saca a ti y, además, te saca un buen puñado de neuronas, porque las tuyas deben estar muriéndose a saco.

Pero pasó. Y no me preguntéis cómo, pero también pasó que esa noche, pese a sus muchas reticencias, Olivia terminó encima de mí. Y no, no para asfixiarme como más de uno estará pensando, sino para darme un repaso en la cama que no sé si fue un premio o una venganza.

Lo digo porque estaba un poco alteradilla y, con lo activa que era, no solo me dio sexo del bueno, sino que se le escapó alguna que otra bofetada en el fragor de la batalla.

—Esto para que vuelvas a desconfiar de mí—me decía mientras yo no oponía resistencia, que para eso estaba que me corría de gusto, literalmente.

Por la mañana, yo no solo tenía una sonrisa de oreja a oreja, sino los mofletes hinchados, y así nos fuimos a aquella reunión de trabajo que terminó con un jugoso acuerdo para nosotros, tras lo cual comenzaba nuestro verdadero finde en París.

No voy a decir que fuésemos de monumento en monumento, aunque salir sí que salimos... Eso es evidente. En realidad, también nos pasamos muchísimas horas en la cama y el principal monumento para mis ojos fue ella, quien me mostró una parte aún más picante y salvaje que la de los primeros días, que ya es decir.

Aparte de eso, y extasiado por un sexo que era para caer muerto—no sé cómo no caí, de hecho—, también nos dimos nuestras grandes comilonas fuera y tampoco quisimos renunciar a la típica foto delante de la Torre Eiffel, aunque a Olivia le dio por besarme en aquel momento y salimos rodando, haciendo la croqueta muertos de risa. Cuando paramos, tuvimos un impulso que nos hubiera llevado directos al calabozo, de haber dado rienda suelta a lo que el cuerpo nos pedía.

La última noche que permanecimos allí, Lorenzo nos había reservado en el más romántico de todos los restaurantes de París, con unas vistas increíbles y un lujo inusitado.

Al entrar, el metre me hizo llamar y me llevó aparte.

—El Señor Lorenzo Rossi me ha encargado que le entregue esto de su parte. También me ha dicho que no vacile usted ni un segundo, que el mundo es de los valientes y que ha llegado la hora de ayudarle a hacerla feliz del todo. Ah, y me indicó que le diese la enhorabuena por adelantado.

Yo ignoraba el impacto que tendría ese anillo de diamantes en ella, pero a mí me temblaron hasta las orejas

cuando abrí la cajita. Lorenzo era un tipo extraordinario y me estaba empujando a pedirle matrimonio a Olivia en el mejor escenario del mundo.

Tiempo después, me enteraría por él que ella quiso en su momento que su pedida fuese allí, antes de que su relación se rompiese, y de ahí la reserva.

Llegué nervioso hasta la mesa y ella me lo notó.

— ¿Qué pasa? ¿Algún problema? Sería una pena porque esta es mi mesa preferida y aquí me gustaría...

—Antes de que sigas hablando, yo querría hacerte una pregunta, preciosa mía.

—Vale, pero después...

—Lo que sucede es que se trata de algo muy importante y no puedo esperar.

—Seguro que sí que puedes, porque lo que yo quiero proponerte es que deseo que nos casemos—me soltó y casi me caigo de la silla.

—Pero si es justo lo que yo te iba a pedir, vida mía.

—Ya lo sé—me dijo echándose a reír...

—No me lo puedo creer, ¿cómo va a ser eso?

—Porque sois muy previsibles... Déjame adivinar: el metre te ha dado un anillo gentileza de Lorenzo y te ha dicho de su parte que es ahora o nunca, que no tengas miedo y que blablablá. Ah, ¡y que el mundo es de los valientes!

—Lo has clavado y entonces, ¿por qué no me has dejado pedírtelo? —le pregunté cogiendo sus manos y temblando ante la inmensidad de sus divinos ojos azules.

—Porque me gusta adelantarme a vuestras jugadas. Sois dos memos... Apuesto a que el anillo es de diamantes y...

—Y aciertas, pero ¿te casarás conmigo?

—Pues claro que me casaré, ¡si te lo he pedido yo! Y también he pedido champán para celebrarlo.

— ¿Ya lo has pedido?

—Pues claro...

Yo solo podía negar mientras ella tomaba la cajita del anillo y, muy pizpireta, se hacía la sorprendida.

—Es una preciosidad, Lorenzo, digo... Enzo, ¿u os tendría que nombrar a los dos? Vaya par...

Se moría de la risa ella solita y yo también me moría, pero de purito amor... Olivia era lo más bonito de mi vida y acababa de aceptar casarse conmigo, ¿o yo con ella?

— ¿Ya lo has pedido?

—Pues claro...

Yo solo podía negar mientras ella tomaba la cajita del anillo y, muy pizpireta, se hacía la sorprendida.

—Es una preciosidad, Lorenzo, digo... Enzo, ¿u os tendría que nombrar a los dos? Vaya par...

Se moría de la risa ella solita y yo también me moría, pero de purito amor... Olivia era lo más bonito de mi vida y acababa de aceptar casarse conmigo, ¿o yo con ella?

Epílogo



Dos años después...

— ¡Lorenzo, venga! Que tu madre te está esperando—le decía Olivia mientras le daba los últimos toques a su vestido de novio, colocándole bien la solapa.

— ¿Estoy guapo? —le preguntaba él.

— ¡El más guapo del mundo! —le chilló abrazándole.

—Eso será después de mí, ¿no? Que me voy a poner celoso...

—Después de ti no sé—me hizo rabiar—, pero sí de ese bichito que tienes en los brazos—me indicó ella.

El “bichito” era Pablo, nuestro precioso bebé de seis meses de edad, al que le impusimos el nombre de su abuelo. Olivia y yo nos casamos al final de aquel verano que inauguramos con la pedida de mano más original y divertida en París. Y nuestra boda fue increíble, por mucho que la preparásemos a toda pastilla.

Ya aquel día mi suegro me había perdonado, aparte de que Elvira, su mujer, me trataba como a un hijo. Con el tiempo, él también comenzó a hacerlo y me convertí en su otra persona de confianza, al lado de Olivia a quien la maternidad no le hizo descuidar en absoluto su faceta profesional, en la que no paraba de escalar.

Quien también escaló puestos, pero en el amor, fue Lorenzo. Olivia le terminó presentado a un arquitecto que conoció gracias a uno de nuestros proyectos, con el que hizo “*match*” de inmediato. Gustavo se convirtió en su media naranja y los dos comenzaron a hacer zumo desde ese mismo instante, porque no volvieron a separarse.

Su romántica boda se celebraba en el palacete de Roma en el que un día me alojé con mi Olivia, en ese en el que todo comenzó, el cual lucía increíble aquel verano.

A la flamante celebración asistieron las familias de los novios al completo, pero también Pablo, Elvira, Jaime, Martina, Olivia, nuestro pequeño hijo y yo, pues el italiano decía que ya éramos parte de la suya.

Nosotros lo sentíamos igual y por eso acudimos hasta allí con toda la ilusión del mundo.

La celebración sería grandiosa y los jardines estaban adornados de cine, pero lo más bonito de todo era el amor que se respiraba entre los novios, ya que se casaban enamoradísimos.

En realidad, el amor estaba en el aire, porque los siguientes en pasar por el altar serían Martina y Jaime. Sí, sí, como suena... Mi amigo se casaba. Él, que tanto había renegado del matrimonio, terminó hincando rodilla para que Martina uniese su vida a la suya, algo que sucedería después de que naciera su pequeña Alba, la cual estaba en camino.

Lorenzo nos miraba emocionado mientras avanzaba hacia el jardín, donde le esperaba Gustavo, también del brazo de su madre.

En realidad, lo que allí estábamos haciendo era darle color y romanticismo a lo que ya habían sellado en España, su boda civil, puesto que en Italia no existe la unión matrimonial propiamente dicha entre personas del mismo sexo, sino una unión con menos derechos.

Por tal motivo, días atrás se dieron el “sí, quiero” en Marbella en una ceremonia íntima y de allí nos marchamos todos a celebrar su matrimonio a bombo y platillo al palacete, donde se recreó con muchísima pompa toda la ceremonia y donde el consentimiento de ambos terminó con vítores y aplausos mientras las notas más románticas en italiano sonaban de mano de un grupo que hizo las delicias de todos nosotros.

Más tarde, tras el apoteósico almuerzo, las letras se convirtieron en otras mucha más divertidas y bailables, no faltando ese homenaje a Raffaella Carrá.

Todos juntamos bailamos y coreamos el mítico:

—*“Para hacer bien el amor
hay que venir al Sur
Para hacer bien el amor iré
donde estás tú
Sin amantes
¿Quién se puede consolar?
Sin amantes
Esta vida es infernal”*

La boda resultó maravillosa y tras ella los novios partieron de luna de miel. Olivia y yo nos quedamos unos días con nuestro hijo recorriendo Italia en unas magníficas vacaciones estivales en las que tomé más conciencia aún de

que lo tenía todo en la vida.

Olivia no solo era brillante y responsable, sino divertida, risueña y la mejor compañera que un hombre pudiera desear, a lo que había de sumar el ser una sexy amante sin tapujos que siempre se estaba reinventando y que jamás dejaba de sorprenderme. Junto con nuestro hijo, todo funcionaba genial y yo sentía que cada amanecer era una nueva oportunidad para enamorarme más de ella, algo que terminaba demostrándole con mucha, mucha pasión, cada noche y en nuestra cama, allá donde estuviésemos.

n

,

;

que lo tenía todo en la vida.

Olivia no solo era brillante y responsable, sino divertida, risueña y la mejor compañera que un hombre pudiera desear, a lo que había de sumar el ser una sexy amante sin tapujos que siempre se estaba reinventando y que jamás dejaba de sorprenderme. Junto con nuestro hijo, todo funcionaba genial y yo sentía que cada amanecer era una nueva oportunidad para enamorarme más de ella, algo que terminaba demostrándole con mucha, mucha pasión, cada noche y en nuestra cama, allá donde estuviésemos.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

Amazon: relinks.me/AitorFerrer